EL SPLEEN DE PARÍS

CHARLES BAUDELAIRE

A ARSÈNE HOUSSAYE

Mi querido amigo, le envío una obrita que no tiene ni pies ni cabeza porque aquí todo es pies y cabeza a la vez, alternativa y recíprocamente. Considere las admirables comodidades que ofrece a todos esta combinación, a usted, a mí y al lector. Podemos cortar donde queremos, yo mi ensueño, usted el manuscrito y el lector su lectura, porque no supedito su esquiva voluntad al hilo interminable de una intriga superflua. Sustraiga una vértebra y los dos trozos de esta tortuosa fantasía se unirán sin esfuerzo. Córtelo en muchos fragmentos y verá que cada cual puede existir separado. Con la esperanza de que algunos de estos pedazos sean lo bastante vívidos para gustarle y divertirlo, me atrevo a dedicarle la serpiente entera.

Tengo una pequeña confesión que hacerle. Hojeando por lo menos una vigésima vez el famoso *Gaspard et la Nuit* de Aloysius Bretrand (¿acaso un libro que conocemos usted yo y algunos amigos no tiene todo el derecho a ser llamado famoso?) se me ocurrió intentar algo parecido y aplicar a la descripción de la vida moderna -mejor dicho, *una* vida moderna y más abstracta- el procedimiento que él aplicó a la pintura de la vida antigua, tan extrañamente pintoresca.

¿Quién no ha soñado el milagro de una prosa poética, musical, sin ritmo y sin rima, tan flexible y contrastada que pudiera adaptarse a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones de la ensoñación y a los sobresaltos de la conciencia?

Esta obsesión nace de frecuentar las grandes ciudades, del entrecruzamiento de sus incontables relaciones. También usted, mi querido amigo, trató de traducir en *canción* el grito estridente del vidriero y de expresar en prosa lírica sus desoladoras resonancias cuando atraviesan las altas brumas de la calle y llegan a las buhardillas.

A decir verdad, temo que mi celo no me haya traído felicidad. Apenas iniciado el trabajo me di cuenta de que estaba muy lejos de mi misterioso y

brillante modelo y que además hacía algo -si puede llamarse algo a esto- singularmente diferente. Este accidente enorgullecería a cualquier otro, pero humilla profundamente a un espíritu para quien el más grande honor del poeta es cumplir exactamente con lo que había proyectado hacer.

Su muy afectuoso

C. B.

I
EL EXTRANJERO

- Hombre enigmático, dime a quién amas más: ¿a tu padre, a tu madre, a tu hermana o a tu hermano?

- No tengo padre ni madre, ni hermano ni hermana.

- ¿Tus amigos?

- Usa una palabra cuyo sentido me es desconocido hasta hoy.

- ¿Tu patria?

- Ignoro bajo qué latitud está ubicada.

- ¿La belleza?

- Con gusto la amaría, diosa e inmortal.

- ¿El oro?

- Lo odio tanto como usted a Dios.

- ¿Qué amas entonces, extraordinario extranjero?

- Amo las nubes... las nubes que pasan... allá... allá... ¡maravillosas nubes!

II
LA DESESPERACION DE LA VIDA

La viejita apergaminada se sintió muy feliz ante el hermoso bebé al que todos hacían fiesta, a quien todos querían gustar; un hermoso ser, tan frágil como ella, la viejita, y también como ella sin dientes ni pelo.

Y se le acercó para hacerle sonrisas y mimos.

Pero el bebé asustado se debatió bajo las caricias de la decrépita mujer y llenó la casa de chillidos.

Entonces la pobre vieja se retiró a su eterna soledad y lloró en el rincón diciéndose: "-Para nosotras, viejas desdichadas, ya pasó la edad de gustar... siquiera a los inocentes; ¡horrorizamos también a los bebés que queremos amar!"

III
EL RUEGO DEL ARTISTA

¡Qué penetrantes son los atardeceres de los días de otoño! ¡Penetrantes hasta el dolor! porque hay deliciosas sensaciones donde lo vago no excluye lo intenso; y no hay punta más afilada que la del Infinito.

¡Qué delicia ahogar la mirada en la inmensidad del cielo y el mar! ¡Soledad, silencio, incomparable castidad de lo celeste! una vela pequeña tiembla en el horizonte y en su pequeñez y soledad imita mi irremediable existencia, monótona melodía de las olas, todo piensa en mí y yo pienso en todo (en la magnitud de la ensoñación, el yo se pierde) musical y pintorescamente, sin argucias, sin silogismos, sin deducciones.

Pero tanto los pensamientos que surgen de mí como los que proceden de las cosas, se vuelven en seguida demasiado intensos. La energía en el placer crea malestar y sufrimiento positivo. Mis nervios crispados sólo producen vibraciones estridentes y dolorosas.

Y ahora, la profundidad del cielo me consterna; su limpidez me exaspera. La insensibilidad del mar, la inmutabilidad del espectáculo, me rebelan... ¿sufrir eternamente o eternamente huir de lo bello? ¡Naturaleza, maga despiadada, rival siempre victoriosa, déjame! ¡No tientes mis deseos y mi orgullo! El estudio de lo bello es un duelo donde el artista grita de espanto antes de ser vencido.

IV
UN BROMISTA

Era la explosión del año nuevo: caos de barro y nieve, atravesado por mil carruajes, brillando de juguetes y bombones, bullendo de tentaciones y desesperación, delirio oficial de una gran ciudad capaz de perturbar el cerebro del más decidido solitario.

En medio de la confusión y el estruendo, un asno trotaba vigorosamente acuciado por un bruto que llevaba látigo.

Cuando el asno iba a doblar una esquina, un señorito enguantado, aprisionado en un traje recién estrenado y una corbata cruel, se inclinó ceremoniosamente ante la humilde bestia y sacándose el sombrero le dijo: "¡Que sea bueno y feliz!" y giró hacia sus camaradas con fatuidad y como pidiéndoles aprobación para su gracia.

El asno no vio al atildado bromista y celosamente siguió corriendo hacia donde el deber lo llamaba.

Pero a mí, en un súbito ataque de furia contra el magnífico imbécil, me pareció que concentraba todo el espíritu de Francia.

V
EL CUARTO DOBLE

Un cuarto que parece una ilusión, un cuarto verdaderamente *espiritual*, donde la atmósfera inmóvil se tiñe suavemente de rosa y azul.

Allí el alma se baña de pereza, con perfume de pena y de deseo. Hay algo de crepúsculo, azulado y rosado; un sueño de placer durante un eclipse.

Los muebles tienen forma alargada, postrada, lánguida. Los muebles parecen soñar, como si tuvieran vida sonámbula, como lo vegetal y lo mineral. Los tejidos hablan una lengua muda, como las flores, los cielos, los ocasos.

Ninguna abominación artística en las paredes. Para el sueño puro, para la impresión no analizada, el arte definido, el arte positivo es una blasfemia.

Todo tiene aquí la claridad justa y la deliciosa oscuridad de la armonía.

Un infinitesimal olor del gusto más exquisito, mezclado con ligerísima humedad flota en la atmósfera donde una sensación de cálido invernadero acuna al espíritu adormecido.

La muselina cae abundante delante de las ventanas y la cama; se derrama en nevadas cascadas. En la cama está el Idolo acostado, la reina de los sueños. ¿Pero cómo ha llegado aquí? ¿Quién la trajo? ¿Qué mágico poder la puso en ese trono de ilusión y placer? ¿Qué importa? Está aquí. Yo la reconozco.

Y suyos son los ojos cuya llama recorre el crepúsculo; ¡sutiles y terribles *luceros* que reconozco por su tremenda picardía! Atraen, subyugan, devoran la mirada del imprudente que los contempla. Demasiado estudié las estrellas negras que exigen curiosidad y admiración.

¿A qué demonio benefactor le tengo que agradecer estar rodeado de misterioso silencio, paz y perfume? ¡Beatitud! ¡lo que en general llamamos vida, incluso, en su mejor expresión, no tiene nada que ver con esta vida suprema que ahora conozco y saboreo, minuto a minuto, segundo a segundo!

¡No! ¡Ya no hay minutos! ¡Ya no hay segundos! ¡El tiempo desaparece! ¡reina la Eternidad, una eternidad de delicias!

Pero un golpe terrible, pesado, resonó en la puerta y como en los sueños infernales, creí que recibía un picotazo en el estómago.

Y luego entró un espectro. Un ujier que viene a torturarme en nombre de la ley; una infame concubina que grita miseria y suma a los dolores de mi vida, las trivialidades de la suya; o el cadete de un director de diario que reclama la continuación del manuscrito.

El cuarto paradisíaco, el ídolo, la reina de los sueños, la sílfide, como decía el gran René, toda la magia desapareció con el brutal golpe que dio el Espectro.

¡Horror! ¡recuerdo, recuerdo, sí! Todo esto es mío, el tugurio, la temporada en el eterno tedio. Los muebles estúpidos, sucios, astillados, el hogar sin fuego y sin brasa, sucio de escupidas; las tristes ventanas polvorientas en las que la lluvia grabó huellas; los manuscritos tachados e incompletos, el almanaque donde el lápiz marcó fechas siniestras.

Y hasta el perfume desconocido que me extasiaba, también fue reemplazado por un fétido olor a

tabaco mezclado con no sé qué moho nauseabundo. Ahora se respira aquí rancia desesperación.

En este mundo estrecho y lleno de desazón, un solo objeto me sonríe: la botellita de láudano; vieja y terrible amiga y como todas las amigas, fecunda en caricias y traiciones.

Sí, el tiempo ha reaparecido; el tiempo reina ahora soberano y con el odiado viejo vuelve el demoníaco cortejo de recuerdos, penas, espasmos, miedos, angustias, pesadillas, cólera y neurosis.

Puedo asegurar que ahora los segundos se acentúan fuerte y solemnemente, y al desprenderse del péndulo van diciendo: "¡Yo soy la Vida, la insoportable, la implacable Vida!"

Hay un solo segundo en la vida humana cuya misión es anunciar una buena noticia, la buena nueva que provoca un miedo inexplicable.

¡Sí! El tiempo reina; ha retomado su brutal dictadura. Y me empuja como si fuera un buey, con el doble aguijón "¡Arre! ¡Borrico! ¡Suda, esclavo! ¡Vive, condenado!"

VI
A CADA CUAL SU QUIMERA

Bajo el cielo gris, en una ancha llanura polvorienta, sin caminos, sin hierba, sin un cardo ni una hortiga, encontré varios hombres que iban encorvados.

Cada uno llevaba sobre la espalda una enorme quimera, tan pesada como una bolsa de harina o carbón, o la mochila de un infante del ejér-cito romano.

Pero la monstruosa bestia no era un peso inerte sino que envolvía y oprimía al hombre con músculos elásticos y potentes; con dos enormes garras se sujetaba al pecho de su montura y su fabulosa cabeza sobrepasaba la frente del hombre como los terribles cascos de los antiguos guerreros que aumentaban el terror del enemigo.

Interrogué a uno de los hombres para saber adónde iban de ese modo. Me contestó que ni él ni los otros sabían nada, pero que evidentemente iban a algún lugar ya que estaban impulsados por una invencible necesidad de caminar.

Curiosamente, ninguno de los viajeros parecía irritado contra la bestia feroz que les colgaba del cuello e iba pegada a la espalda, como si la consideraran parte de sí mismos. Ninguno de los rostros cansados y serios expresaba desesperación; bajo la cúpula melancólica del cielo, con los pies sumergidos en el polvo de una tierra tan desolada como el cielo, caminaban con la resignada fisonomía de los condenados a esperar siempre.

El cortejo pasó a mi lado y penetró en la atmósfera del horizonte, en el lugar donde la superficie redondeada del planeta se oculta a la curiosidad de la mirada humana.

Y por un instante me obstiné queriendo comprender ese misterio, pero pronto la irresistible indiferencia se abatió sobre mí, agobiándome más rotundamente de lo que a ellos sus aplastantes quimeras.

VII
EL LOCO Y VENUS

¡Qué día admirable! El amplio parque se adormece bajo el ojo abrasador del sol como la juventud bajo el dominio del Amor!

El éxtasis universal se expresa sin ningún sonido; las mismas aguas están como adormecidas. Bien distinta de las fiestas humanas, ésta es una orgía silenciosa.

Parecería que una luz siempre creciente hace resplandecer más y más los objetos, las flores excitan la energía de sus colores para rivalizar con el azul del cielo y el calor, que vuelve visible los perfumes, los hace elevarse como vapor hacia el astro.

Sin embargo, en medio de este regocijo universal, yo descubrí un ser afligido.

A los pies de una Venus colosal, un loco fingido, un bufón voluntario que hace reír a los reyes cuan-

do los remordimientos y el tedio los persiguen, vestido con un brillante traje ridículo, tocado con cuernos y cascabeles, acurrucado contra el pedestal alza sus ojos llenos de lágrimas hacia la diosa inmortal.

Y los ojos dicen: "Soy el último y el más solo de los hombres, privado del amor y la amistad, más pobre que el animal más imperfecto. ¡Pero yo también he nacido para comprender y sentir

la inmortal belleza! ¡Dios! ¡Apiádate de mi tristeza y mi delirio!

La implacable Venus mira a lo lejos con ojos de mármol.

VIII
EL PERRO Y EL FRASCO

"Mi lindo perro, mi buen perro, mi querido pichicho, acércate y huele el excelente perfume comprado al mejor perfumista de la ciudad".

Y el perro, meneando la cola, que es, para estos pobres seres, el signo de la risa o la sonrisa, se acerca y pone curioso su nariz húmeda sobre el frasco abierto; luego, retrocediendo de repente con temor, me ladra como reprochándomelo.

-"¡Ah! perro miserable, si te hubiera ofrecido un montón de excrementos lo hubieras husmeado con delicia y hasta lo hubieras comido. Tú también, indigno compañero de mi triste vida, te pareces al público, al que jamás hay que ofrecerle perfumes delicados que lo exasperen, sino basura cuidadosamente seleccionada."

IX
UN VIDRIERO MALO

Hay naturalezas puramente contemplativas, e incapaces de acción que bajo un impulso misterioso y desconocido pueden actuar con una celeridad de la que se ignoran capaces.

Como quien por temor a encontrar una noticia triste ronda cobardemente una hora delante de su puerta sin atreverse a entrar, y guarda quince días una carta sin abrirla o al cabo de seis meses se decide a hacer un trámite necesario desde hace un año, pero como la flecha de un arco, a veces se siente bruscamente impelido a actuar por una fuerza irresistible. Ni el moralista ni el médico, que pretenden saber todo, explican cómo surge en esas almas perezosas y sensuales una energía tan loca ni cómo, incapaces de lo más indispensable y sencillo, en un

instante encuentran el coraje para los actos más absurdos y peligrosos.

Uno de mis amigos, el más inofensivo soñador que haya existido, incendió un bosque para ver, decía, si el fuego ardía con tanta facilidad como se afirmaba. El experimento fracasó diez veces seguidas; la undécima tuvo demasiado éxito.

Otro encenderá un cigarro al lado de un tonel de pólvora *para ver, para saber, para tentar al destino*, para obligarse a probar su fuerza, para apostar, para conocer los placeres de la ansiedad, por nada, por capricho, por ocio.

Es una fuerza que nace del aburrimiento y la ilusión; y como ya dije, entre quienes más imprevistamente se manifiesta es entre los indolentes y los soñadores.

Otro, tímido hasta el punto de bajar los ojos ante una mirada, que para entrar en el café tiene que reunir toda su pobre voluntad y que al pasar por la taquilla del teatro cree que los empleados están investidos con la majestad de Minos, Eaco y Radamante, bruscamente abrazará a un viejo cualquiera y lo besará efusivamente ante una multitud asombrada.

-¿Por qué? Quizás... quizás su fisonomía le pareció irresistiblemente simpática... Tal vez, pero más legítimo es pensar que ni él lo sabe.

Más de una vez he sido víctima de crisis y arrebatos que hacen pensar en demonios maliciosos infiltrados para obligarnos a cumplir, a pesar nuestro, su más absurda voluntad.

Cierta mañana que me había levantado hosco, triste, cansado de aburrimiento, me pareció que tenía que hacer algo grande, una acción brillante y ¡ay! abrí la ventana.

(El espíritu de mistificación, que no resulta del trabajo o del cálculo sino de la inspiración fortuita, participa en gran medida de este humor -histérico para los médicos, satánico para quienes piensan mejor- que irresistiblemente empuja hacia acciones peligrosas e inconvenientes.) La primera persona que vi en la calle fue un vidriero cuyo grito agudo y discordante llegaba a través de la pesada y sucia atmósfera parisina. Sería imposible determinar por qué este pobre hombre despertó en mí un odio tan repentino como despótico.

"¡Hey!" le grité que subiera mientras pensaba no sin cierta alegría que, dado que la habitación estaba en el sexto piso y la escalera era muy angosta, para

el hombre sería cansador subir con la frágil mercancía, rozando los ángulos.

Finalmente apareció: revisé con curiosidad todos sus vidrios y le dije: "¿Cómo? ¿No tiene vidrios de colores? ¿vidrios rosas, rojos, azules, vidrios mágicos, vidrios del paraíso? ¡Sinvergüenza! ¡Se atreve a pasear por los barrios pobres y ni siquiera tiene vidrios que hagan la vida hermosa!" Y lo empujé hacia la escalera donde tropezó entre protestas.

Yo me acerqué al balcón y me apoderé de una macetita con flores, cuando reapareció en el vano de la puerta dejé caer perpendicularmente mi arma de guerra contra el extremo posterior de su tramoya; el golpe lo dio vuelta y toda la pobre fortuna ambulante terminó rompiéndosele en la espalda con el estrépito de un palacio de cristal hecho añicos por la pólvora.

Y borracho de locura le grité con furia "¡La vida hermosa! ¡La vida hermosa!"

X
A LA UNA DE LA MAÑANA

¡Por fin solo! Lo único que se oye pasar son unos vehículos retrasados y destartalados. Por algunas horas tendremos silencio, ya que no descanso. ¡Por fin! La tiranía del rostro humano ha desaparecido y sufriré solamente por mí.

¡Por fin! ¡Ahora puedo descansar en un baño de oscuridad! Ante todo, doble vuelta de llave. Me parece que eso aumentará mi soledad y fortificará las barricadas que actualmente me separan del mundo.

¡Vida horrible! ¡Ciudad horrible! Recapitulemos la jornada: haber visto a varios hombres de letras, y uno me preguntó si se podía llegar a Rusia por tierra (sin duda tomaba a Rusia por una isla); haber discutido con un director de revista que a cada objeción

respondía "aquí somos gente honesta" lo que significa que los otros diarios están redactados por canallas; haber saludado a una veintena de personas, quince de ellos desconocidos, y sin la precaución de comprar guantes; haber subido, para matar el tiempo durante un chaparrón, a lo de una acróbata que me pidió que le diseñara un traje de venusina; cortejar a un director de teatro que al despedirme dijo: "Tal vez hiciera bien en dirigirse a Z..., que es el más pesado, el más tonto y el más célebre de mis autores; tal vez llegue a algo con él; véalo y después hablamos"; haberme jactado (¿por qué?) de varias acciones viles que nunca cometí y negar cobardemente otras travesuras que ejecuté con alegría, delito de fanfarronada, crimen de respeto humano; rehusar un sencillo favor a un amigo y dar una recomendación escrita a un perfecto estúpido. ¿Habré terminado?

Descontento de todos y descontento de mí, querría redimirme y enorgullecerme en el silencio y la soledad de la noche. ¡Almas que amé, almas que celebré, fortifíquenme, sosténganme, alejen de mí la mentira y la corrupción del mundo, y vos, mi Dios y Señor, concédeme la gracia de producir unos versos

bellos que me prueben que no soy el último de los hombres, que no soy inferior a los que desprecio!

XI
LA MUJER SALVAJE Y LA PEQUEÑA AMANTE

"Para ser sincero, querida mía usted me cansa sin medida y sin piedad.

"Al oírla suspirar cualquiera diría que sufre más que las cosechadoras sexagenarias y las mendigas que recogen migajas en la puerta de los cafés.

"Si fueran suspiros de remordimiento, tal vez la honrarían, pero sólo traducen la saciedad del bienestar y la languidez del descanso. Y además, ese exceso de palabras inútiles: «¡Quiérame mucho! ¡Lo necesito tanto! ¡Consuéleme aquí, acarícieme allá!». Muy bien, voy a tratar de curarla, tal vez encontremos cómo, por poca plata, y sin ir muy lejos.

"Observemos la sólida jaula de hierro en la que se debate gritando como condenado, sacude los barrotes como orangután enloquecido por el encierro,

un monstruo peludo que da vueltas en redondo como el tigre, se balancea como el oso blanco, y cuya forma imita vagamente la de usted.

"El monstruo responde al tipo de animal al que suele llamarse «mi ángel»; es decir una mujer. El otro monstruo, que grita ensordecedoramente armado con un palo, es un marido. Encadenó a su legítima esposa como a una bestia y la exhibe por la calle los días de fiesta, con permiso de los jueces, claro está.

"Ponga mucha atención y observe con qué ferocidad no disimulada destroza conejos vivos y aves chillonas que le arroja su cuidador. «No hay que comer todo el mismo día», dice él y con esta palabra prudente le arranca cruelmente la presa, cuya madeja de vísceras se engancha en los dientes de la bestia feroz... de la mujer, quiero decir.

"¡Pero... un bastonazo para calmarla! Porque ya clava los terribles ojos de gula en el resto de comida. Gran Dios, el palo no es de utilería, se oye el retumbar de la carne a pesar del pelo postizo. Cuanto más se le desencajan los ojos, *más naturalmente* aúlla. La rabia la hace brillar como hierro caliente.

"¡Esos son los hábitos conyugales de los descendientes de Adán y Eva, obra de tus manos, Dios

mío! La mujer es indudablemente infeliz aunque tal vez los acariciantes goces de la gloria no le sean del todo ajenos. Hay desgracias más irremediables y sin compensación. En el mundo al que fue arrojada, a la mujer jamás se le ocurrió que merecía otro destino.

"¡Y ahora, nuestro turno, querida preciosa! Ante los infiernos que pueblan el mundo qué quiere que piense del suyo, tan hermoso, vién-dola descansar sobre suaves tapices, tan suaves como su propia piel, y comer sólo carne cocinada por un hábil servidor que se la corta cuidadosamente.

"¿Y qué pueden significar todos los suspiritos que inflaman su perfumado pecho, robusta coqueta? ¿Y sus modales aprendidos en libros y su infatigable melancolía que en el espectador inspira un sentimiento bien distinto de la piedad? A veces tengo ganas de enseñarle qué es la verdadera desdicha.

"Al verla así, mi frágil belleza, con los pies en el fango y los ojos húmedos mirando el cielo como pidiendo un rey, usted parece una rana joven invocando al ideal. Si desprecia al nulo, que es lo que ahora yo soy, ¡ojo con la cigüeña que *la masticará, la tragará y la matará a su antojo!*

"Poeta al fin, no soy tan tonto como cree y si me cansa demasiado con sus *preciosos* lloriqueos la voy a tratar como *mujer salvaje* o la tiro por la ventana como envase vacío".

XII
LAS MULTITUDES

Sumergirse en la multitud no es para todos: gozar de la muchedumbre es un arte; una francachela de vitalidad a expensas del género humano y sólo puede dársele uno al que el hada inspiró desde la cuna el gusto del disfraz y la máscara, el desprecio por el domicilio y la pasión por viajar.

Multitud, solitud: términos iguales y convertibles para el poeta activo y fecundo. Quien no sabe poblar su soledad, tampoco sabe estar solo en medio de una muchedumbre atareada.

El poeta disfruta de ese incomparable privilegio, porque puede ser él mismo y otro, según su voluntad. Como almas errantes que buscan un cuerpo, entra cuando quiere en el personaje de cada quien. Sólo para él, todo está disponible y si ciertos sitios

parecen estarle vedados es que a su criterio no vale la pena visitarlos.

El paseante solitario y pensativo obtiene una singular ebriedad en la comunión universal. El que desposa fácilmente a la multitud conoce febriles alegrías, de las que eternamente se verá privado el egoísta, cerrado como un cofre, y el perezoso, enquistado como un molusco. El adopta todas las profesiones, todas las dichas y todas las miserias que la circunstancia le presenta.

Lo que los hombres llaman amor es demasiado pequeño, demasiado restringido y demasiado débil, comparado con la inefable orgía, la santa prostitución del alma que se da entera, poesía y caridad, a lo que imprevistamente aparece, al desconocido que pasa.

A veces es bueno enseñarle a los felices de este mundo, más no sea para humillar un instante su estúpido orgullo, que hay una felicidad superior a la suya, más vasta y más refinada. Los fundadores de colonias, los pastores de pueblos, los sacerdotes misioneros exiliados en el fin del mundo, sin duda algo conocen de esas misteriosas embriagueces; y, en el seno de la vasta familia que su genio creó, a veces

deben reírse de quienes los compadecen por su suerte, tan agitada, y por su vida, tan casta.

XIII
LAS VIUDAS

Vauvenargues dice que en los parques hay senderos sólo frecuentados por la ambición frustrada, los inventores despreciados, las glorias abortadas, los corazones rotos, y todas las almas tumultuosas y cerradas, estremecidas por suspiros, que huyen de la insolente mirada de los felices y los perezosos. En esos sombríos rincones se dan cita los lisiados por la vida.

El poeta y el filósofo dirigen allí sus ávidas conjeturas y encuentran pasto seguro porque si hay un sitio que desdeñan visitar es la felicidad de los ricos. Su movimiento en el vacío no ofrece ningún interés. Pero se sienten irresistiblemente atraídos hacia todo lo débil, ruinoso, triste y huérfano.

El ojo experimentado nunca se equivoca. En los rasgos rígidos o abatidos, los ojos sumidos y opacos

o donde brillan los últimos relámpagos de la lucha, en las arrugas profundas, en los movimientos lentos o bruscos, descifran de inmediato las innumerables señales del amor engañado, la devoción secreta, los esfuerzos sin recompensa, el hambre y el frío, humilde y silenciosamente soportados.

¿Observaron alguna vez a las viudas sentadas en bancos solitarios? Viudas pobres que es fácil reconocer, vistan o no luto. En el luto del pobre siempre falta algo, cierta ausencia de armonía lo hace más lacerante. Está obligado a regatear con su dolor. El rico en cambio lleva el suyo sin que le falte nada.

¿Cual es la viuda más triste, la que lleva de su mano un niñito con quien no puede compartir su pensamiento, o la que está completamente sola? No lo sé... Una vez seguí durante horas a una anciana afligida: rígida, tiesa, bajo su chalcito raído, todo su ser irradiaba orgullo de estoica.

Evidentemente, su absoluta soledad la había condenado a los hábitos de un viejo solterón y el carácter masculino de sus costumbres agregaba un agudo misterio a su austeridad. Almorzó cualquier cosa en un café miserable. La seguí hasta una biblioteca y la espié mientras buscaba en los periódi-

cos, con ojos activos y hace mucho quemados por las lágrimas, noticias de poderoso y personal interés.

Finalmente, a la tarde, bajo un encantador cielo de otoño, del que bajan en procesión las penas y los recuerdos, se sentó un poco aparte en un parque a escuchar, lejos del gentío, uno de los conciertos con que la banda del regimiento recompensa al pueblo parisino.

¡Sin duda era ése el pequeño derroche de la anciana inocente (o purificada), el bien ganado consuelo de los largos días sin amigos, sin conversación, sin alegría ni confidente, que Dios dejaba caer sobre ella, desde hacía muchos años! Trescientos sesenta y cinco veces por año.

Y una más:

Jamás pude contener una mirada -si no universalmente simpática, al menos curiosa- hacia la multitud de parias que se apretujan alrededor del recinto de un concierto público. La orquesta lanza a través de la noche, cantos de fiesta, triunfo y placer. Los vestidos lanzan destellos, las miradas se encuentran, los ociosos, cansados de no hacer nada, se bambolean fingiendo disfrutar, indolentes, de la música. No hay aquí nada que no sea rico y feliz; nada que no respire e inspire despreocupación y placer de vi-

vir la vida; nada, excepto el aspecto de la turba apoyada en el cerco exterior que recoge gratis, por el viento, jirones de música mientras mira la brillante hoguera del interior.

Siempre interesa el reflejo de la alegría de vivir del rico, en la mirada del pobre. Pero ese día, entre medio del pueblo vestido con batones y zapatillas vi un ser cuya nobleza contrastaba poderosamente con la trivialidad circundante.

Era una mujer alta, majestuosa y con aire tan noble que no pude recordar ninguna comparable entre las bellezas aristocráticas del pasado. Destilaba un aroma de elevada virtud. Su rostro, triste y delgado, concordaba perfectamente con el luto riguroso que vestía. Como la plebe, a la que se había mezclado pero que no advertía, también miraba el mundo luminoso y escuchaba moviendo dulcemente la cabeza.

¡Singular visión! Seguramente su pobreza; si es que hay tal pobreza -me dije- no admite una economía rigurosa; la nobleza del rostro me lo afirma ¿por qué entonces permanece allí, donde contrasta con tanta claridad?

Pero creí adivinar la razón cuando pasé cerca de ella impulsado por mi curiosidad. La noble viuda

llevaba un niño de la mano, vestido de negro como ella; por módico que fuera el precio de la entrada alcanzaría para pagar una necesidad del pequeño, o mejor incluso algo superfluo como un juguete.

Y habrá vuelto a pie, pensando y soñando, sola, siempre sola, porque el niño es travieso, egoísta, sin dulzura ni paciencia; pero tampoco puede, como un animal, perro o gato, servir de confidente de los dolores solitarios.

XIV
EL VIEJO SALTIMBANQUI

Por todas partes se expandía, se desparramaba, se asombraba, el pueblo en fiesta. Era una de las ocasiones que, para compensar las malas épocas del año, esperan con mucha anticipación los saltimbanquis, los acróbatas, los domadores de fieras y los vendedores ambulantes.

Me parece que, durante esos días, el pueblo olvida todo, la dulzura y el trabajo, y se vuelve como los niños. Para los pequeños es un día de recreo, el horror de la escuela pospuesto veinticuatro horas. Para los grandes es un armisticio firmado con las potencias maléficas de la vida, una tregua para la contención y la lucha universales.

Incluso el hombre de mundo y el que se ocupa de trabajos espirituales, difícilmente escapan a la in-

fluencia del júbilo popular. Sin querer, absorben su parte de esta atmósfera despreocupada. En cuanto a mí, como verdadero parisino, nunca dejo de echar un vistazo por todos los puestos que se exhiben para estas épocas solemnes.

Verdaderamente se hacían una competencia formidable: chillaban, mugían, rugían. Se mezclaban gritos, detonaciones de cobres y explosiones de cohetes. Los titiriteros y los bufones gesticulaban sus rostros morenos, curtidos por el viento, la lluvia y el sol; con el aplomo de los comediantes seguros de su eficacia, lanzaban palabras y chistes de una comicidad tan sólida e intensa como la de Moliére. Los hércules, orgu-llosos de la enormidad de sus miembros, sin frente y sin cráneo, como los orangutanes, se repatingaban majestuosamente en los trajes especialmente lavados la víspera. Las bailarinas, bellas como las hadas o las princesas, saltaban y hacían cabriolas bajo la luz de las linternas que cubría de brillos sus faldas.

Todo era luz, polvareda, gritos, alegría, tumulto; unos gastaban, otros ganaban, igualmente felices los unos y los otros. Los niños se colgaban de las faldas de las madres para obtener un bastón de azúcar, o se subían a las espaldas de sus padres para ver mejor

a un prestidigitador radiante como un dios. Y por todas partes circulaba, dominando todos los perfumes, un olor a frito que era como el incienso de esta fiesta.

Al final, en el último extremo de la fila de puestos, como si, avergonzado, se hubiera autoexiliado de todos esos esplendores, vi a un pobre saltimbanqui encorvado, caduco, decrépito, una ruina de hombre, apoyado contra uno de los postes de su choza; una choza más miserable que la del más bruto de los salvajes, y cuya indigencia iluminaban demasiado bien dos cabos de vela, chorreantes y ahumados.

Por todas partes la alegría, el éxito, el desborde; la certeza del pan para mañana; por todas partes la explosión frenética de la vitalidad. Aquí la miseria absoluta, y para colmo del horror, miseria disfrazada con harapos cómicos, donde la necesidad y no el arte, introducía el contraste. ¡El miserable no reía! No lloraba, no bailaba, no gesticulaba, no gritaba; no cantaba ninguna canción, ni alegre ni triste, no imploraba. Permanecía mudo e inmóvil. Había renunciado, había abdicado. Su destino estaba signado.

¡Pero qué mirada profunda, inolvidable, paseaba sobre la multitud y las luces, cuyo movimiento constante se detenía a pocos pasos de su repulsiva miseria! Sentí mi garganta apretada por la mano terrible de la histeria, y me pareció que mi mirada se ofuscaba con lágrimas rebel-des que no quieren caer.

¿Qué hacer? ¿Para qué pedirle al desdichado la rareza, la maravilla que pudiera mostrar en esas tinieblas hediondas, detrás del telón raído? Verdaderamente, no me atreví; y, aunque la razón de mi timidez haga reír, confesaré que temí humillarlo. Finalmente, cuando acababa de decidirme a dejar algo de dinero en su escenario para que adivinara mi intención, una oleada de gente, causada por no sé qué problema, me alejó de él.

Y, volviéndome, obsesionado por esta visión, traté de analizar mi repentino dolor y me dije: ¡Acabo de ver la imagen del viejo hombre de letras que ha sobrevivido a la generación de la que fue brillante cantor; el viejo poeta sin amigos, sin familia, sin hijos, degradado por su miseria y por la ingratitud pública, y en cuya choza el mundo olvidadizo no quiere entrar!

XV
LA TORTA

Viajaba. El paisaje era de una majestuosidad y un esplendor irresistibles. Sin duda mi alma se contagió. Mis pensamientos revoloteaban con la misma levedad que la atmósfera; las pasiones vulgares como el odio y el amor profano me parecían tan remotas como los nubarrones que desfilaban en el fondo del abismo, bajo mis pies; mi alma me parecía tan vasta y pura como la cúpula del cielo que me rodeaba; el recuerdo de las cosas terrenas llegaba a mi corazón muy debilitado, disminuido como el sonido del cencerro de imperceptibles manadas que pastaban lejos, muy lejos, en la ladera de otra montaña. Sobre el pequeño lago inmóvil, que la profundidad volvía negro, pasaba a veces la sombra de una nube que se reflejaba como la capa de un gigante alado que atravesara el cielo. Y recuerdo que esta

sensación solemne y rara, causada por un gran movimiento silencioso, me llenaba de una alegría donde se mezclaba el miedo. En pocas palabras, la emocionante belleza que me rodeaba me hacía sentir en paz conmigo y con el universo; en mi perfecta beatitud y mi total olvido de todo mal terreno había empezado a considerar que los diarios que pretenden que el hombre ha nacido bueno no eran finalmente tan ridículos; y cuando la incurable materia renovó sus exigencias, pensé en reparar la fatiga y calmar el hambre que la larga ascensión habían causado. Saqué de mi bolsillo un buen pedazo de pan, una taza de cuero y un porrón de cierto elixir que por ese entonces los farmacéuticos vendían a los turistas para mezclar con agua de nieve.

Cortaba tranquilamente mi pan cuando un sonido muy leve me hizo levantar los ojos. Ante mí había un chico harapiento, negro, hirsuto, de ojos vacíos, salvajes y como suplicantes que parecían devorar el pedazo de pan. Y lo oí suspirar, con voz baja y ronca, la palabra *torta*. No pude dejar de sonreír al escuchar el nombre con que honraba a mi pan casi blanco, y corté para él una buena rodaja y se la ofrecí. Se acercó lentamente, sin quitar los ojos del objeto de su codicia; después, agarró el pedazo y retro-

cedió velozmente como temiendo que el ofrecimiento no fuera sincero o que me hubiera arrepentido.

Pero en el mismo instante fue derribado por otro pequeño salvaje, surgido de no sé dónde y tan exactamente igual al primero como si fuera su hermano gemelo. Juntos rodaron por el suelo disputándose el precioso botín sin que ninguno de los dos quisiera sacrificar la mitad para su hermano. El primero, exasperado, atrapó al otro por el pelo; éste le agarró la oreja con los dientes y escupió un pedacito ensangrentado con un poderoso juramento en dialecto. El legítimo propietario de la torta trató de clavar sus pequeñas garras en los ojos del usurpador, quien a su vez puso toda su fuerza en estrangular a su adversario con una mano, mientras la otra trataba de deslizar el premio del combate en el bolsillo. Pero excitado por la desesperación, el vencido se levantó e hizo rodar por tierra al vencedor con un cabezazo en el estómago. ¿Para qué describir una lucha horrible, que duró más de lo que las fuerzas infantiles hacían suponer? La torta iba de mano en mano y cambiaba de bolsillo a cada momento, pero también cambiaba de volumen. Y cuando al final, extenuados, temblorosos, en-sangrentados, se

detuvieron porque no podían más, a decir verdad ya no quedaba ningún motivo de combate: el pedazo de pan había desaparecido, deshecho en miguitas, grandes como los granos de arena con los que se había mezclado.

El espectáculo había ensombrecido el paisaje, y la calma alegría que distraía mi alma antes de ver a los hombrecitos, había desaparecido absolutamente; estuve triste mucho tiempo repitiéndome sin pausa: "¡Existe un país magnífico donde el pan se llama *torta*, manjar tan raro que basta para engendrar una guerra fraticida!"

XVI
EL RELOJ

Los chinos miran la hora en el ojo de los gatos.

Un día, un misionero que paseaba por los alrededores de Nankin se dio cuenta de que había olvidado su reloj y le preguntó la hora a un chico.

Al principio, el chico del Celeste Imperio dudó, después cambió de idea y contestó: "Se lo voy a decir". Poco después volvió trayendo en brazos un gato muy gordo, le miró el centro del ojo y sin dudar afirmó: "Falta poco para el mediodía". Lo que era muy cierto.

En cuanto a mí, si miro a la bella Felina, la tan bien nombrada, que es el honor de su sexo, el orgullo de mi corazón y el aroma de mi espíritu, tanto de noche como de día, a plena luz o en la sombra opaca, en el fondo de sus adorables ojos siempre veo la hora con claridad, la misma siempre, una hora vasta,

solemne, grande como el espacio, sin división de minutos o segundos -una hora inmóvil que los relojes no marcan, liviana como un suspiro y rápida como una mirada.

Y si algún inoportuno viniera a perturbarme mientras mi mirada descansa sobre este delicioso cuadrante, si algún genio deshonesto e intolerante o algún demonio del contratiempo viniera a decirme: "¿Qué miras con tanto esmero, qué buscas en los ojos de esta persona? ¿Miras la hora, mortal pródigo y ocioso?", yo respondería sin dudar: "¡Sí, miro la hora; es la eternidad!".

¿Verdad, señora, que es éste un madrigal verdaderamente valioso y tan enfático como usted misma? Para ser sincero, sentí tanto placer bordando esta preciosa galantería que no pediré, a cambio, nada.

XVII
UN HEMISFERIO EN UNA CABELLERA

Déjame respirar mucho, mucho tiempo, el olor de tu pelo, sumergir todo mi rostro, como un hombre sediento en el agua de una fuente, y agitarlo con mi mano como un pañuelo perfumado, para esparcir recuerdos en el aire.

¡Si supieras todo lo que veo! ¡Todo lo que siento! ¡Todo lo que escucho en tu pelo! Mi alma viaja en el perfume como el alma de otros, en la música.

Tu pelo contiene un sueño entero, lleno de velámenes y arboladuras; contiene grandes mares cuyos monzones me llevan hacia climas encantadores, donde el espacio es más azul y más profundo, la atmósfera se perfuma con frutos, hojas y piel humana.

En el océano de tu cabellera, entreveo un puerto hormigueante de cantos melancólicos, con hombres vigorosos de todas las naciones y navíos de todas las formas que recortan con sus arquitecturas finas y complicadas, un cielo inmenso que se abandona al eterno calor.

En las caricias de tu cabellera, reencuentro la languidez de las largas horas pasadas en un diván, en la cabina de un hermoso navío, acunada por el vaivén imperceptible del puerto, entre macetas con flores y tinajas refrescantes.

En el ardiente hogar de tu cabellera, respiro el olor del tabaco mezclado con opio y azúcar; en la noche de tu cabellera, veo resplandecer el infinito del cielo tropical; en las aterciopeladas orillas de tu cabellera me emborracho con los perfumes del alquitrán, el almizcle y el aceite de coco entrelazados.

Déjame morder tus pesadas y negras trenzas mucho tiempo. Al mordisquear tu pelo elástico y rebelde, es como si comiera recuerdos.

XVIII
LA INVITACION AL VIAJE

Hay un país magnífico, un país de Jauja, que sueño visitar con una vieja amiga. País singular, envuelto en las brumas del norte que podría llamarse el Oriente de Occidente, la China de Europa, y tanto la conoce la cálida y caprichosa fantasía, que la ilustra paciente y tenazmente con sabias y delicadas arborescencias.

Un verdadero país de Jauja, donde todo es bello, rico, tranquilo, honesto; donde el lujo se complace al reflejarse en el orden, donde la vida es generosa, y dulce respirarla; que excluye el desorden, la turbulencia y lo imprevisto; donde la felicidad se une al silencio; donde hasta la cocina es poética, abundante y excitante a la vez; donde todo se te parece, mi amado ángel.

¿Conoces la febril enfermedad que se apodera de nosotros en las heladas miserias, la nostalgia del país desconocido, la angustia de la curiosidad? Hay un sitio que se te parece, donde todo es bello, rico, calmo y honesto, y donde la fantasía ha construido y decorado una China occidental, donde la vida se

respira dulcemente y la felicidad se une al silencio. ¡Allí hay que vivir, allí hay que morir!

Sí, allí hay que ir a respirar, soñar y prolongar las horas con infinitas sensaciones. Un músico escribió *Invitación al vals* ¿pero quién compondrá *Invitación al viaje*, para ofrecerla a la mujer amada, a la hermana dilecta?

Sí, en esta atmósfera sería bueno vivir -donde las horas más lentas contengan más pensamientos, donde los relojes marquen la dicha con solemnidad más profunda y significativa.

En biombos brillantes o en cueros dorados y de sombría riqueza viven discretas pinturas beatas, profundas y tranquilas como el alma del artista que las creó. Los ocasos que espléndidamente iluminan el comedor o la sala, se filtran a través de bellos tapices o altos ventanales labrados y divididos con plomo en muchos compartimentos. Los muebles son amplios, extraños, protegidos con cerraduras y secretos, como las almas refinadas. Los espejos, los metales, los ta-pices, la orfebrería y la loza componen una sinfonía muda y misteriosa; y de cada cosa y cada rincón, de los resquicios de los cajones y los pliegues de las telas, emana un singular perfume,

reminiscencia de Sumatra, que es como el alma misma de la habitación.

¡Un verdadero país de Jauja, donde todo es rico, brillante como una buena conciencia, una magnífica batería de cocina, una espléndida orfebrería, una joya multicolor! Allí afluyen los tesoros como a la casa de un trabajador digno del mundo entero. País singular, superior, como el arte a la naturaleza, porque el sueño reforma, corrige, embellece y refunda.

¡Que los alquimistas de la horticultura busquen más y más, que sin cesar restrinjan los límites de su dicha! ¡Que sigan proponiendo premios de sesenta y de cien mil florines para el que resuelva sus ambiciosos problemas! Yo ya encontré mi *tulipán negro*, y mi *dalia azul*.

Flor incomparable, tulipán recuperado, dalia alegórica, ¿no es cierto que es allí donde habría que vivir y florecer? ¿en ese país tan calmo y soñador? ¿No sería ése el marco para tu analogía, donde podrías contemplarte -como dicen los místicos- en tu propia correspondencia?

¡Sueños y más sueños! Y cuanto más ambiciosa y delicada el alma, más la alejan los sueños de lo posible. Cada hombre entraña su dosis de opio natural que secreta y renueva incesantemente porque, desde

el nacimiento hasta la muerte ¿con cuantas horas podemos contar, col-madas por el goce positivo, la acción decidida y exitosa? ¿Viviremos alguna vez, alguna vez pasaremos por el cuadro que mi espíritu pintó y que se te parece?

Todos los tesoros, muebles, lujo, el orden, los perfumes, las flores milagrosas, eres tú. Y también tú los grandes ríos y los canales tranquilos. Los enormes barcos que los navegan cargados de riquezas, con sus monótonos cantos de maniobras, son mis pensamientos dormidos o revoloteando sobre tu pecho. Suavemente los conduces hacia el mar que es infinito, mientras en la limpidez de tu alma bella piensas en la profundidad del cielo; y cuando fatigados por la marea y cargados de productos de Oriente vuelven al puerto natal, serán mis pensamientos enriquecidos que también vuelven hacia ti, desde el infinito.

XIX
EL JUGUETE DEL POBRE

Quisiera dar la idea de un juego inocente. ¡Hay tan pocas diversiones libres de culpa!

Si por la mañana sale con la decidida intención de pasear por las avenidas, llene los bolsillos con pequeñas baratijas -el polichinela movido por un hilo, los herreros que golpean el yunque, el jinete y su caballo con cola de pito-, y regálelos, a lo largo de los cafés y debajo de los árboles, a los niños desconocidos y pobres que vaya encontrando. Verá que sus ojos se abren desmesuradamente. Primero no se atreverán a recibirlos, dudarán de su suerte. Después sus manos agarrarán con fuerza el regalo y huirán como los gatos, que van a comer lejos el pedazo de pan que acaban de darles, porque aprendie-ron a desconfiar del hombre.

En una calle, detrás de la reja de un amplio jardín, donde surgía la blancura de un lindo castillo bañado por el sol, había un chico hermoso y fresco, vestido con un traje de campo lleno de coquetería.

El lujo, la despreocupación y el cotidiano espectáculo de la riqueza, pone tan lindos a estos niños que parecen hechos de distinta pasta que los hijos de la medianía o la pobreza.

Cerca, sobre el pasto, había un muñeco espléndido, nuevo como su dueño, barnizado, dorado, vestido de púrpura y cubierto de plumitas y brillos. Pero el chico en vez de distraerse con su juguete preferido, observaba lo siguiente.

Del otro lado de la reja, en la calle, entre cardos y hortigas, había otro chico, sucio, raquítico, negro, hijo de paria en quien una mirada imparcial encontraría belleza -como el conocedor intuye una pintura genial bajo un barniz de carrocería- limpiándole la repugnante pátina de miseria.

A través de los barrotes simbólicos que separan ambos mundos, la calle y el castillo, el chico pobre mostraba al rico su propio juguete, que éste observaba ávido, como un objeto raro y desconocido. ¡El juguete que el pequeño zaparrastroso provocaba, agitaba y sacudía, era una rata viva! Sin duda para

economizar, los padres habían sacado el juguete de la vida misma.

Los dos chicos se reían juntos, fraternalmente, con dientes de *idéntica* blancura.

XX
LOS DONES DE LAS HADAS

En una gran asamblea de hadas se procedía a distribuir regalos entre los nacidos a la vida las últimas veinticuatro horas.

Eran muy diferentes las antiguas y caprichosas Hermanas del Destino, las extravagantes Madres de la alegría y el dolor: algunas tenían aspecto sombrío y ceñudo, otras, juguetón y travieso; había jóvenes que siempre habían sido jóvenes y viejas que siempre habían sido viejas.

Todos los padres que creen en las hadas habían venido y cada cual traía en brazos a su bebé.

Los dones, facultades, la buena suerte y las circunstancias invencibles estaban apilados al lado del tribunal como las recompensas en el estrado cuando distribuyen premios. Lo particular aquí era que los

dones no recompensaban un esfuerzo sino que, muy al contrario, la gracia se acordaba a alguien que todavía no había vivido, y era una gracia que podía determinar su destino, siendo tanto fuente de su desgracia como de su felicidad.

Las pobres hadas estaban muy ocupadas pues la multitud de solicitantes era grande y el mundo intermedio entre el hombre y Dios, está como nosotros sometido a la terrible ley del tiempo y de su infinita posteridad, los días, las horas, los minutos, los segundos.

En realidad, estaban tan desconcertadas como ministros en día de su audiencia, o empleados del Banco de Empeños cuando una fiesta nacional autoriza dispensas gratuitas. Creo incluso que miraban las agujas del reloj con tanta impaciencia como jueces humanos que en sesión desde temprano, no pueden dejar de soñar con la cena, la familia y las queridas pantuflas. Si en la justicia sobrenatural hay algo de precipitación y azar, no nos sorprendamos si a veces ocurre lo mismo con la justicia humana. Si así fuera, nosotros también seríamos jueces injustos.

Asimismo se cometieron ese día algunas tonterías que, de ser la prudencia y no el capricho el carácter

distintivo y eterno de las hadas, podrían considerarse ridículas.

Por ejemplo, el poder de atraer dinero magnéticamente fue adjudicado al único heredero de una familia muy rica que, sin ningún espíritu de caridad ni deseo por los bienes más evidentes de la vida, en el futuro habría de encontrarse prodigiosamente desorientado con sus millones.

El amor por lo bello y el poder poético fueron dados al hijo de un oscuro mendigo que de ningún modo podría sostener las facultades ni aliviar las necesidades de su deplorable progenie.

Olvidé decir que en esos casos solemnes, la distribución es inapelable y ningún don puede ser rechazado.

Ya se levantaban las hadas, creyendo cumplida la jornada pues no quedaba ningún regalo ni generosidad que lanzar a esa mezcolanza hu-mana, cuando un bravo hombre, al parecer pequeño comerciante, se levantó y sujetando el vestido de multicolores tules del hada que tenía más cerca, exclamó: "¡Señora! ¡No se olvide de nosotros! ¡Todavía falta mi bebé! ¡Espero no haber venido en balde!"

Bien podía el hada sentirse desorientada pues no quedaba *nada más*. Pero recordó a tiempo una ley

muy conocida aunque poco usada en el mundo sobrenatural, habitado por impalpables deidades amigas del hombre y a menudo obligadas a adaptarse a sus pasiones (como las hadas, los gnomos, las salamandras, sílfides, silfos, ninfas, ondinos y ondinas), la ley que concede a las hadas en caso de agotamiento de la partida, la facultad de otorgar un don suplementario y excepcional, siempre y cuando tuviera la suficiente imaginación para crearlo en el acto.

Entonces el buen hada dijo, con aplomo digno de su rango, "Doy a tu hijo... le doy... ¡el don de gustar!"

"¿Pero gustar cómo? ¿gustar...? ¿Gustar por qué?" preguntó porfiadamente el pequeño comerciante que indudablemente era de los razonadores típicos, incapaz de elevarse a la lógica del absurdo.

"¡Porqué... Porqué!" replicó el hada irritada dándole la espalda; y cuando alcanzó el cortejo de sus compañeras dijo "¿Qué les parece el pequeño francés vanidoso, que quiere comprender todo y que a pesar de conseguir el mejor de los dones, se atreve a interrogar y discutir lo indiscutible?"

XXI
LAS TENTACIONES
o Eros, Pluto y la Gloria

Dos magníficos Satanes y una Diablesa no menos extraordinaria, subieron anoche la misteriosa escalera por donde el Infierno acomete el abandono del hombre dormido para comunicarse en secreto con él. Gloriosamente vinieron a ponerse frente a mí, parados como en un estrado. Un infernal resplandor emanaba de los tres personajes que se destacaban sobre el fondo opaco de la noche. Parecían tan orgullosos y dominantes que al principio los tomé por verdaderos Dioses.

La cara del primer satán era ambigua y en las líneas de su cuerpo había la molicie de los antiguos Bacos. Sus hermosos ojos lánguidos, de color oscuro e incierto, parecían violetas cargadas con espesas gotas de tormenta. Sus labios entreabiertos, pebete-

ros que destilaban aroma de perfumes y cada vez que suspiraba, se encendían almizclados insectos que revoloteaban en el ardor de su aliento.

Alrededor de su túnica púrpura llevaba enrollada como cinturón, una brillosa serpiente que lo miraba con ojos de brasa y la cabeza erguida. Del cinturón vivo pendían brillantes cuchillos e instrumentos de cirugía que alternaban con ampollas de siniestros licores. La mano derecha sostenía un frasco de contenido rojo brillante que decía estas extrañas palabras en la etiqueta: "Bebed, ésta es mi sangre, un tónico perfecto"; la izquierda, un violín que sin duda le servía para cantar alegrías y penas y para contagiar locura en las noches sabáticas.

Los delicados tobillos arrastraban eslabones de una cadena de oro rota y cuando la molestia lo forzaba a bajar los ojos, contemplaba vanidoso las uñas de los pies, brillantes y cuidadas como piedras facetadas.

Me miró con ojos inconsolables que destilaban insidiosa ebriedad y me dijo con voz cantarina: "Si quisieras, si quisieras, serías señor de las almas y más dueño de la materia viva que el escultor de la arcilla; conocerías el placer siempre renacido, saldrías de ti

para olvidarte en otro y atraerías otras almas que se confundirían con la tuya".

Le contesté: "¡Muchas gracias! No tengo nada que ver con seres de pacotilla que no valen más que yo. Aunque me dé vergüenza recordar, no quiero olvidar nada; y aunque no te hubiera reconocido, viejo monstruo, tu cuchillería misteriosa y tus ampollas equívocas y las cadenas que atan tus pies son símbolos que aclaran los inconvenientes de tu amistad. Guarda tus regalos,"

El segundo satán no tenía su aire a la vez trágico y sonriente, ni modales insinuantes ni esa belleza delicada y perfumada. Era un hombre enorme con cara sin ojos, y una panza pesada le caía sobre los muslos. Su piel estaba toda dorada e ilustrada como un tatuaje de muchas figuritas movedizas representando las innumerables formas de la miseria universal. Había hombrecitos descarnados que por propia voluntad se colgaban de un clavo, pequeños gnomos deformes y delgados pidiendo limosna más con los ojos que con las manos temblorosas, y madres ancianas con fetos colgando de sus extenuados pezones. Y mucho más.

El satán gordo golpeaba con el puño su panza inmensa que soltaba un largo y sonoro tintineo de

metal, terminado por un vago gemido de voces humanas. Se reía, mostrando impúdicamente los dientes cariados, con la misma risa imbécil de todos los hombres de todos los países después de comer demasiado.

Dijo: "¡Puedo darte lo que todo consigue, lo que todo vale, lo que a todo reemplaza!" Y golpeó su monstruosa panza y el eco glosó su grosera palabra.

Me aparté con disgusto y respondí: "Para mi felicidad no necesito la miseria de nadie. No quiero riqueza entristecida por todas las desgracias que pinta tu piel".

En cuanto a la Diablesa, mentiría si no confesara, que a primera vista le encontré un extraño encanto. Para definirlo, sólo podría compararlo al de ciertas mujeres muy hermosas y ya maduras que no envejecen y cuya belleza conserva la magia penetrante de las ruinas. Era imperiosa y dislocada y sus ojos, aunque vencidos, contenían una fuerza fascinante. Lo que más me impresionó fue el misterio de su voz en la que recordé a las más deliciosas *contralti* y también la ronquera de las gargantas lavadas sin cesar por el aguardiente.

"¿Quieres conocer mi poder?" dijo la falsa diosa con voz encantadora y paradójica. "Escucha".

Y llevó a su boca una gigantesca trompeta adornada con titulares de todos los diarios del mundo y gritó mi nombre que rodó por el aire con el sonido de cien mil truenos y volvió con la resonancia del eco del planeta más lejano.

"¡Diablos, dije casi subyugado, es precioso!" Pero al observar más detenidamente a la seductora virago, vagamente recordé haberla visto bebiendo junto a famosos pícaros y el sonido ronco del cobre me hizo recordar una trompeta prostituída.

Contesté con todo mi desprecio. "¡Vete! No estoy hecho para desposar a la amante de ciertos innombrables".

Bien podía enorgullecerme por tan valiente abnegación. Pero por desgracia me desperté y la fuerza me abandonó completamente. "Sólo tan profundamente dormido podía mostrar tantos escrúpulos. ¡Si volvieran cuando estoy despierto no sería tan delicado!".

Y los invoqué en voz alta, les supliqué perdón, les ofrecí deshonrarme tanto como fuera necesario para merecer sus favores... Sin duda los había ofendido seriamente, porque no volvieron jamás.

XXII
EL CREPUSCULO

Cae el día. Una profunda calma nace en los pobres espíritus cansados del trabajo de la jornada; también los pensamientos adquieren los tiernos e inciertos colores del ocaso.

De lo alto de la montaña y atravesando transparentes nubes crepusculares llega a mi balcón un tronar de voces discordantes que la distancia transforma en lúgubre armonía, como de marea alta o el surgimiento de una tempestad.

¿Quiénes son los desdichados que en vez de calmarse, creen como las lechuzas que la noche es señal de aquelarre? El siniestro ulular proviene de un negro hospicio que cuelga de la montaña. A la noche, mientras fumo contemplando la quietud del inmenso valle sembrado de casas, cada ventana parece decirme "¡ahora hay paz aquí, la alegría de la

familia esta aquí!". Y cuando el viento sopla desde lo alto acuno mi sorprendido pensamiento con esa imitación de la armonía infernal.

El crepúsculo excita a los locos. Tuve dos amigos a quienes el crepúsculo enfermaba. Uno desconocía toda relación de amistad y cortesía, y maltrataba a cualquiera salvajemente. Tomó por símbolo insultante a un pollo y se lo tiró por la cabeza al mozo. El atardecer, que es precursor de placeres profundos, a él le arruinaba las cosas más suculentas.

Otro, herido de ambición, se volvía más agrio y sombrío y odioso cuanto más declinaba el día. Indulgente y sociable a pleno sol, de noche era impiadoso. Ejercía rabiosamente su manía crepuscular no sólo con los demás sino consigo mismo.

El primero murió loco, incapaz de reconocer a su mujer ni a su hijo; el segundo lleva en sí la inquietud de un mal perpetuo. Aunque lo hubieran honrado con todas las medallas de las repúblicas y los príncipes, el crepúsculo le despertaría siempre una ardiente ambición de distinciones imaginarias. La noche, que destilaba tinieblas en su espíritu, trae luz al mío. Sé que no es extraño que una causa engendre dos efectos opuestos, pero esto siempre me intriga y me alarma.

¡Noche! ¡Tinieblas refrescantes! ¡Señal de fiesta interior, liberación de angustia! ¡En la soledad de la llanura o en los pétreos laberintos de la capital, titilar de estrellas o estallido de lámparas, es fuego de artificio de la diosa Libertad!

¡Dulce y suave crepúsculo! Rosados fulgores se detienen en el horizonte como si fueran la agonía del día bajo el oprimente triunfo de la noche; las llamas de los candelabros tachonan de rojo opaco las últimas glorias del ocaso, y espesos tapices del Oriente profundo imitan complicados sentimientos que luchan en el corazón del hombre a la hora solemne de la vida.

Como si fuera el extraño vestido de la bailarina, una gasa transparente que amortigua el esplendor, en el negro presente se desliza el pasado delicioso; así las vacilantes estrellas de oro y plata, que la cubren representan el fuego de la fantasía que sólo se enciende en el profundo luto de la noche.

XIII
LA SOLEDAD

Un filantrópico periodista dice que la soledad es mala para el hombre y para apoyar su tesis cita -como todos los incrédulos- palabras de los padres de la iglesia.

Sé que el demonio frecuenta gustoso los sitios áridos y que el espíritu del asesinato y la lubricidad se enciende en la soledad. Pero semejante soledad es peligrosa sólo para el alma que, ociosa y errabunda, la pueble con pasiones y quimeras.

Un charlatán cuyo máximo placer fuera hablar desde un púlpito o tribuna correría gran riesgo de volverse loco furioso en la isla de Robinson. No exijo de mi periodista las valerosas virtudes de Robinson, pero pido que no acuse a los amantes de la soledad y el misterio.

Entre nuestras razas cotorreantes hay individuos que llegarían a aceptar el suplicio supremo con tal de que se les permitiera hacer una copiosa arenga desde el cadalso sin que los tambores de Santerre les cortasen intempestivamente la palabra.

Aunque no los compadezco porque advierto que las efusiones oratorias les procuran placeres semejantes a los que otros logran en el silencio y el recogimiento, los desprecio.

Sobre todo deseo que mi maldito periodista me deje divertir a mi manera. "Así pues -dijo con apostólico tono nasal- ¿nunca siente usted necesidad de compartir sus goces?" ¡Mírenlo, al sutil envidioso! ¡El horrible aguafiestas sabe que desdeño los suyos y viene a insinuarse en los míos!

"La gran desdicha de no poder estar solo", dice La Bruyère en alguna parte, como para que se avergüencen los que corren a buscar olvido en el gentío, con miedo de no soportarse a sí mismos.

"Casi todas nuestras desdichas provienen de no haber podido permanecer en el cuarto" dice Pascal, otro sabio, llamando a la celda de recogimiento a los perturbados que buscan felicidad en el movimiento y en cierta prostitución que podría llamarse *fraterni-*

taria, si quisiera hablar la hermosa lengua de mi época.

XXIV
LOS PROYECTOS

Mientras paseaba por un gran parque solitario se decía "¡Qué bella estaría con un traje de corte, complicado y fastuoso, descendiendo los escalones de mármol de un palacio y atravesando la atmósfera en una hermosa noche, frente a los grandes jardines y las fuentes! Porque parece una princesa."

Más tarde, al pasar por una calle, se detuvo en un negocio de grabados y en una carpeta descubrió una estampa que representaba un paisaje tropical y se dijo: "¡No! no es en un palacio donde querría poseer su querida vida. Allí no estaríamos *en casa*. Además esos muros cargados de oro no dejarían espacio para colocar su imagen; en esas solemnes galerías no hay un solo sitio para la intimidad. Decididamente, es *aquí* donde habría que estar para cultivar el sueño de mi vida."

Y mientras con los ojos analizaba los detalles del grabado, mentalmente continuaba: "Al borde del mar, en una linda cabaña de madera, rodeada de árboles extraños y relucientes cuyo nombre olvidé..., en la atmósfera, un olor embriagador, indefinible..., en la cabaña un potente perfume de rosa y almizcle...; más lejos, detrás de nuestro dominio, los mástiles balanceándose en el oleaje... a nuestro alrededor, más allá del cuarto iluminado por la luz rosa que tamizan los toldos, decorado por esteras frescas y flores bonitas, con raros asientos de rococó portugués en madera pesada y oscura (en los que descansaría muy calma, muy bien abanicada, fumando tabaco con un toque de opio) más allá de la balaustrada el escándalo de los pájaros locos de luz, y la conversación de las negritas... y a la noche, como acompañamiento a mis sueños, el canto triste de los árboles de música, los melancólicos filaos. Sí, ciertamente, es justo *éste* el decorado que buscaba. ¿Qué tengo yo que hacer en un palacio?"

Y después, caminando por una amplia avenida, vio un hotel limpito, y en una de sus ventanas adornadas con cortinas de indiana multicolor, dos sonrientes cabezas asomadas. "Es evidente -se dijo- que mi espíritu es un gran vagabundo para tener que ir a

buscar tan lejos lo que está tan cerca. El placer y la felicidad están en el primer hotel, el hotel del azar, fecundo en goces. Un gran fuego, vistosas cerámicas, una comida pasable, vino común, y una cama muy ancha con sábanas un poco ásperas, pero frescas; ¿qué mejor?".

Y al volver a su casa, a la hora en que los consejos de la Sabiduría no se ahogan en los zumbidos de la vida exterior, se dijo: "Hoy tuve, en sueños, tres domicilios en los que hallé igual placer. ¿Por qué obligar a mi cuerpo a cambiar de lugar, si mi alma viaja tan ágilmente? ¿Y para qué ejecutar proyectos, ya que el proyecto en sí mismo es suficiente goce?

XXV
LA BELLA DOROTEA

El sol fulmina con luz directa y terrible la ciudad; la arena está resplandeciente y la mar centellea. El mundo estupefacto se repliega cobardemente y duerme la siesta, una siesta que es una especie de deliciosa muerte en la que el durmiente, a medias despierto, disfruta los goces de su abatimiento.

Pero Dorotea, fuerte y orgullosa como el sol, avanza por la calle desierta, único ser vivo a esta hora bajo el inmenso cielo, y hace sobre la luz una mancha restallante y negra.

Avanza, balanceando blandamente su torso, tan delgado sobre sus caderas tan anchas. Su vestido de seda adherente, de tono claro y rosa, divide vívidamente la oscuridad de su piel y reproduce exactamente su largo talle, su espalda comba y su garganta aguda.

La sombrilla roja, que tamiza la luz, proyecta sobre su rostro oscuro el sangrante artificio de sus reflejos.

El peso de su enorme cabellera casi azul empuja hacia atrás la cabeza delicada y le otorga un aire triunfal y perezoso. Largos pendientes murmuran secretos en sus preciosas orejas. De tiempo en tiempo la brisa del mar levanta el ruedo de su falda vaporosa y muestra una pierna reluciente y magnífica; y el pie, como el de las diosas de mármol que Europa encierra en sus museos, imprime fielmente su forma sobre la fina arena. Porque Dorotea es tan prodigiosamente coqueta que el placer de ser admirada prevalece sobre su orgullo de libertad y, aunque libre, va descalza.

Así camina, armoniosamente, feliz de vivir y sonriendo con blanca sonrisa, como si percibiera a lo lejos, en el espacio, un espejo que reflejara su porte y su belleza.

¿Qué poderoso motivo hace ir así a la perezosa Dorotea, bella y fría como el bronce, a la hora en que hasta los perros gimen de dolor bajo el sol mordiente? ¿Por qué dejó su pequeña cabaña tan coqueta donde con unas pocas flores y esteras logra un perfecto salón y disfruta peinándose, fumando,

haciéndose abanicar o mirándose en el espejo de sus grandes abanicos de plumas, mientras el mar, monótono y poderoso acompañamiento de ensueños indecisos, golpea la playa a cien pasos de allí, y la marmita de hierro cocina un guiso de cangrejos con arroz y azafrán, que hace llegar desde el fondo del patio su aroma excitante?

Tal vez tenga una cita con cierto joven oficial que, en playas lejanas, ha escuchado hablar de la célebre Dorotea. Infaliblemente ella, simple criatura, le pedirá que describa el baile de la Opera, y preguntará si se puede ir descalzo, como a las danzas del domingo, donde las viejas cafres se ponen borrachas y furiosas de alegría, y si las bellas damas de París son más hermosas que ella.

Dorotea es admirada y mimada por todos, y sería perfectamente feliz si no tuviera que economizar piastra sobre piastra para poder comprar a su hermanita que ya tiene once años y que está madura, ¡y tan bonita! Sin duda lo logrará, la buena Dorotea: ¡el amo de la niña es muy avaro, demasiado avaro para comprender otra belleza que no sea la de sus escudos!

XXVI
LOS OJOS DE LOS POBRES

Quieres saber por qué te detesto, hoy. Será más fácil para mí explicarlo que para ti entenderlo. Porque eres el mejor ejemplo de impermeabilidad femenina que hay.

Pasamos juntos una larga jornada que me resultó corta. Nos prometimos pensamientos mutuos, de uno y el otro, y que nuestras almas serían una, en adelante -un sueño que no tiene nada de original, excepto que a pesar de haber sido soñado por todos los hombres, ninguno pudo realizarlo nunca.

A la noche, un poco cansada, quisiste sentarte en un nuevo café, en una esquina de una avenida nueva, todavía llena de escombros pero que ya exhibía sus incompletos esplendores. El café resplandecía. Hasta la luz desplegaba el ardor de un estreno, ilu-

minando con toda su fuerza los muros enceguecidos de blancura, las fascinantes superficies de los espejos, el oro de los panes y las cornisas, los pajes de redondas mejillas que eran arrastrados por perros con correas, alegres damas con un halcón posado en el puño, ninfas y diosas con frutas en la cabeza, pasteles y carnes, Hebes y Ganímedes sosteniendo la pequeña ánfora de la bebida o el obelisco bicolor de los helados... toda la historia y la mitología al servicio de la glotonería.

Justo frente a nosotros, en la vereda, se había parado un hombre de unos cuarenta años, de rostro afligido y barba grisácea, con un niño de la mano y otro en brazos, demasiado pequeño para caminar. Haciendo de criada, sacaba a sus hijos a pasear de noche. Harapientos. Los tres rostros extraordinariamente serios y los seis ojos observaban atentamente el nuevo café con idéntica admiración que la edad matizaba diferentemente.

Los ojos del padre decían "¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso! Es como si todo el oro del pobre mundo estuviera en estas paredes". Los ojos del niño "¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso! Pero es una casa a la que sólo pueden entrar los que no son como nosotros". En cuanto a los ojos del más pequeño, estaban de-

masiado extasiados para expresar otra cosa que no fuera una alegría fascinada y profunda.

Los cantantes dicen que el placer vuelve buena el alma y ablanda el corazón. Aquella noche la canción tenía razón. No sólo me enternecía la familia de ojos sino que me avergonzaban las copas y las botellas, más grandes que nuestra sed. Volví mi mirada hacia la tuya, amor querido, para leer en ellos *mi* pensamiento, me sumergí en tus ojos tan bellos y dulces, en tus ojos verdes habitados por el capricho e inspirados por la luna hasta que dijiste "¡Esa gente de ahí es insoportable, con los ojos abiertos como puertas de garaje! ¿No le pedirías al mozo que los aleje?"

¡Así de difícil es comprenderse, mi ángel amado, y así de incomunicable es el pensamiento, incluso entre gente que se ama!

XXVII
UNA MUERTE HEROICA

Fanciullo era un bufón admirable, y casi un amigo del Príncipe. Pero para las personas consagradas de alma a lo cómico, las cosas serias tienen fatales atractivos y aunque parezca extraño que las ideas de patria y libertad se apoderen despóticamente del cerebro de un histrión, un día Fanciullo entró en una conspiración formada por algunos gentilhombres descontentos.

En todas partes hay hombres de bien que denuncian a otros hombres de humor atrabiliario que quieren deponer príncipes y producir el cambio de la sociedad, sin consultarla. Como Fanciullo, los señores en cuestión fueron arrestados y destinados a una muerte segura.

Podría pensarse que el Príncipe casi se disgustó al encontrar a su actor favorito entre los rebeldes. El

Príncipe no era ni mejor ni peor que otro; pero una excesiva sensibilidad lo volvía en muchos casos más cruel y más déspota que sus pares. Apasionado por las bellas artes, de las que era además excelente conocedor, era realmente insaciable de placeres. Completamente indiferente a los hombres y a la moral, él mismo verdadero artista, sólo reconocía como enemigo peligroso al Aburrimiento, y los extraños esfuerzos que hacía para huir o vencer a este tirano del mundo seguramente le hubieran valido el epíteto de "monstruo" por parte de un historiador severo, si en sus dominios se hubiera permitido algo que no estuviera únicamente dirigido al placer o la sorpresa, que es una de las formas más delicadas del placer. La gran desgracia de este Príncipe fue que nunca tuvo un teatro lo suficientemente amplio para su genio. Existen jóvenes Nerones que se ahogan en límites demasiado estrechos y cuyos nombres y buena voluntad ignoraran siempre los siglos venideros. La imprevisible Providencia había otorgado a éste facultades mayores que sus Estados.

De pronto corrió el rumor de que el soberano quería perdonar a todos los conjurados; y el origen del rumor fue el anuncio de un gran espectáculo donde Fanciullo representaría uno de sus principales

y mejores roles, y al que incluso asistirían -se decía- los gentilhombres condenados; signo evidente, agregaban los espíritus superficiales, de la generosa disposición del Príncipe ofendido.

Tratándose de un hombre tan natural y deliberadamente excéntrico todo era posible, incluso la virtud, incluso la clemencia, sobre todo si podía proporcionarle placeres inesperados. Pero para los que como yo habían penetrado un poco más en las profundidades de esta alma curiosa y enferma, era infinitamente más probable que el Príncipe quisiera juzgar el valor del talento escénico de un hombre condenado a muerte. Quería aprovechar la ocasión para hacer una experiencia psicológica de interés capital, y verificar hasta qué punto las facultades habituales de un artista podían ser alteradas o modificadas por la situación extraordinaria en que se hallaba; además ¿ había en su alma una intención más o menos decidida de clemencia? Es un punto que jamás pudo aclararse.

Por fin, llegado el gran día, la pequeña corte desplegó todas sus pompas, y de no haberlo visto sería difícil concebir todo el esplendor que la clase privilegiada de un Estado pequeño, con recursos limitados, puede mostrar para una verdadera solemnidad.

Y ésta era doblemente verdadera, primero por la magia del lujo desplegado y luego por el interés moral y misterioso que se le adjudicaba.

El señor Fanciullo sobresalía sobre todo en los roles mudos o poco cargados de palabras que con frecuencia son los principales en los dramas mágicos cuyo objetivo es representar simbólicamente el misterio de la vida. Entró en escena suavemente y con una perfecta naturalidad que contribuyó a fortificar en el noble público, la idea de dulzura y de perdón.

Cuando se dice de un actor "Es un buen actor", se usa una fórmula que implica que bajo el personaje se adivina al comediante, es decir el arte, el esfuerzo, la voluntad. Pero si un actor logra ser, con respecto al personaje que debe crear, lo que las mejores estatuas de la Antigüe-dad -milagrosamente vívidas, animadas, videntes- son según la idea general y confusa de belleza, sin duda sería ése un caso singular y totalmente imprevisto. Aquella noche, Fanciullo fue una perfecta idealización, que era imposible no considerar viva, posible, real. El bufón iba, venía, reía, lloraba, se convulsionaba, con una indes-tructible aureola alrededor de la cabeza, aureola invisible para todos, pero visible para mí, y

donde se mezclaban, en extraña amalgama, los rayos del Arte y la gloria del Martirio. Fanciullo introducía, por no sé qué gracia especial, lo divino y lo sobrenatural, aún en las más extraordinarias bufonerías. Mi pluma tiembla, y lágrimas de una emoción siempre presente me suben a los ojos mientras trato de describir esta noche inolvidable. Fanciullo me hacía comprobar, de manera perentoria, irrefutable, que la ebriedad del arte es la más adecuada para ocultar los terrores del abismo; que el genio puede representar la comedia al borde de la tumba con una alegría que le impide ver la tumba, perdido como está, en un paraíso que excluye toda idea de tumba y de destrucción.

Ese público, por indiferente y frívolo que fuera, pronto evidenció el todo poderoso dominio del artista. Nadie pensó ya en la muerte, el duelo ni los tormentos. Cada quien se abandonó, sin inquietud, a los múltiples goces que ofrece la visión de una obra de arte viva.

Las explosiones de alegría y entusiasmo conmovieron en varias oportunidades los cimientos del edificio con la energía de un trueno ininterrumpido. El mismo Príncipe, ebrio, mezclaba sus aplausos a los de su corte.

No obstante, para un ojo clarividente, en su embriaguez, había confusión. ¿Acaso se sentía vencido en su poder de déspota? ¿humillado en su arte para aterrorizar los corazones y abismar los espíritus? ¿frustradas sus esperanzas y burladas sus previsiones? Semejantes suposiciones no exactamente justificadas pero no absoluta-mente injustificadas atravesaron mi espíritu mientras contemplaba el rostro del Príncipe, en el cual una nueva palidez se agregaba incesan-temente a su palidez habitual, como la nieve se agrega a la nieve. Sus labios se apretaban más y más, y sus ojos se encendían con un fuego interior semejante al de la envidia y el rencor, incluso mientras aplaudía ostensiblemente el talento de su antiguo amigo, el extraño bufón, que representaba tan bien la muerte. En cierto momento vi a Su Alteza inclinarse hacia un pequeño paje ubicado detrás suyo, y hablarle al oído. La traviesa fisonomía del bonito niño se iluminó con una sonrisa; y luego abandonó con vivacidad el palco principal como para cumplir un encargo urgente.

Minutos más tarde un silbato agudo, prolongado, interrumpió a Fanciullo en uno de sus mejores momentos, y laceró a la vez los oídos y los corazones. Y del sitio de la sala de donde había surgido esta

inesperada desaprobación, un niño se precipitó por un corredor entre risas sofocadas.

Fanciullo, estremecido, despertado de su sueño, cerró primero los ojos y casi de inmediato los reabrió desmesuradamente; abrió luego la boca como para respirar convulsivamente, vaciló un poco hacia delante, un poco hacia atrás, y luego rígidamente cayó muerto sobre el escenario.

El silbato, rápido como la espada ¿había realmente frustrado al verdugo? ¿Había adivinado el Príncipe toda la homicida eficacia de su chiste? Cabe la duda. ¿Acaso extrañó a su querido e inimitable Fanciullo? Tierno y legítimo es creerlo.

Los gentilhombres culpables gozaron por última vez del espectáculo de la comedia. Esa misma noche fueron borrados de la vida.

Desde entonces, diversos mimos, justamente apreciados en diferentes países, vinieron a actuar en la corte de ...; pero ninguno de ellos pudo evocar el maravilloso talento de Fanciullo, ni obtener los mismos *favores*.

XXVIII
LA FALSA MONEDA

Al alejarnos de la tabaquería, mi amigo hizo una cuidadosa clasificación de su dinero; en el bolsillo izquierdo deslizó pequeñas monedas de oro; en el derecho, moneditas de plata; en el bolsillo izquierdo de su pantalón, un montón de centavos y por fin, en el derecho, una moneda de plata de dos francos que había examinado cuidadosamente "¡Singular y minucioso reparto!" me dije a mí mismo.

Nos encontramos con un pobre que nos tendió temblando su boina.

No conozco nada más inquietante que la muda elocuencia de los ojos suplicantes, que para el hombre sensible que puede leer en ellos, contienen tanto humildad como reproches. Algo parecido a esta profundidad de complejo sentimiento hay en los ojos llorosos de los perros fustigados.

La limosna de mi amigo fue mucho mayor que la mía y le dije: "Tiene razón; después del placer de ser sorprendido, no hay nada como dar una sorpresa - Era la moneda falsa.", me contestó tranquilamente, como justificando su prodigalidad.

En mi miserable cerebro, siempre ocupado en descubrir dificultades inexistentes (¡qué cansadora facultad me otorgó la naturaleza!), surgió de pronto la idea de que semejante conducta sólo era comprensible en tanto deseo de crear un acontecimiento en la vida del pobre diablo, tal vez incluso de conocer las posibles consecuen-cias, funestas o no, que pudiera engendrar una moneda falsa en la mano de un mendigo. ¿Podía tal vez multiplicarse en monedas verdaderas? ¿o acaso llevarlo a prisión? Supongamos un tabernero, un panadero: ¿podría hacerlo detener por falsificador o distribuidor de moneda falsa? Pero también, la moneda falsa podría ser, en el caso de un pequeño y pobre especulador, la semilla de una rápida fortuna. Mi fantasía seguía su curso, prestando alas al espíritu de mi amigo y obteniendo todas las deducciones posibles de todas las hipótesis posibles.

Bruscamente él interrumpió mi ensueño retomando mis propias palabras: "Sí, tiene razón; no

hay placer más dulce que sorprender a un hombre dándole más de lo que espera."

Lo miré al fondo de los ojos y me espantó ver en sus ojos el brillo de un candor irrefutable. Entonces vi claramente que había querido hacer caridad y buen negocio a la vez; ganar cuarenta sueldos y el corazón de Dios; llegar económicamente al paraíso; obtener gratis la medalla de hombre caritativo. Le hubiera casi perdonado el deseo de goce criminal de que lo suponía capaz hace un instante; me había parecido curioso, singular, que se divirtiera comprometiendo a un pobre: pero jamás le perdonaría la inepcia de su cálculo. Nunca hay excusas para ser malvado, pero tiene cierto mérito reconocerse como tal: el más irreparable de los vicios es hacer mal por estupidez.

XXIX
EL JUGADOR GENEROSO

Ayer, entre la muchedumbre del bulevard, sentí que me rozaba un ser misterioso que siempre había deseado conocer, y que reconocí de inmediato, aunque jamás lo había visto. Sin duda él tenía un deseo semejante porque al pasar me hizo un significativo guiño que yo me apresuré a obedecer. Lo seguí y descendí tras él a una habitación subterránea, extraordinaria, donde brillaba un lujo imposible de comparar con ninguna habitación de París. Me pareció raro haber pasado tantas veces delante del prestigioso refugio sin advertir la entrada. Reinaba una atmósfera exquisita aunque excitante, que instantáneamente hacía olvidar los fastidiosos horrores de la vida; se respiraba una beatitud sombría, como la que deben sentir los comedores de loto al desem-

barcar en una isla encantada, iluminada por una tarde eterna. Entonces, al son adormecedor de melodiosas cascadas, sienten el deseo de no volver a ver a sus ancestros, sus mujeres, sus hijos, y nunca más remontan las altas olas del mar.

Había rostros extraños de hombres y mujeres, marcados por una belleza fatal y que me parecía haber visto en épocas y países imposibles de recordar exactamente; me inspiraban fraternal simpatía más que el miedo que nace frente a lo desconocido. Si quisiera definir de alguna manera la singular expresión de sus miradas, diría que jamás vi ojos en los que brillara con más energía el horror del hastío y el deseo inmortal de sentirse vivir.

Cuando nos sentamos, mi anfitrión y yo éramos viejos y entrañables amigos.

Comimos, bebimos más de la cuenta toda clase de vinos extraordinarios y, cosa no menos extraordinaria, me pareció que al cabo de varias horas, yo no estaba más borracho que él. Sin embargo el juego, ese sobrehumano placer, había interrumpido en diferentes ocasiones nuestras frecuentes libaciones, y debo decir que yo había jugado y perdido mi alma, como habíamos apostado, con una despreocupación y una delicadeza heroicas. El alma es algo

tan impalpable, a menudo tan inútil y a veces tan molesto que sentí menos su pérdida que la de mis tarjetas durante un paseo.

Fumamos algunos cigarros de sabor y perfume incomparables que sugerían al alma nostalgia de países y alegrías desconocidas y, embria-gado con tantas delicias, en un acceso de familiaridad que pareció no disgustarle, me atreví a exclamar, apoderándome de una copa llena hasta el borde: "¡A vuestra inmortal salud, viejo Buco!"

Hablamos también del universo, de su creación y de su futura destrucción; de la gran idea del siglo, es decir, el progreso y la perfectibilidad y, en general, de todas las formas de la infatuación humana.

Sobre este tema, Su Alteza era inagotable en ligeras e irrefutables bromas y se expresaba con suave dicción y tranquila comicidad como nunca encontré en ninguno de los grandes conversadores de la humanidad. Me explicó el absurdo de las diferentes filosofías que hasta el presente habían tomado posesión del cerebro humano, e incluso me confió algunos principios fundamentales cuyo beneficio y propiedad no me conviene compartir con nadie. De ninguna manera se lamentaba por la mala reputación de la que goza en todas partes del mundo, me

aseguró ser la persona más interesada en la destrucción de la *superstición*, y me confesó que sólo una vez había temido por su poder, el día en que había escuchado a un predicador, más sutil que sus colegas, exclamar en el sermón: "¡Mis queridos hermanos, jamás olvidéis, al escuchar alabanzas sobre el progreso de las luces, que la astucia más hermosa del diablo es persuadir de que no existe!"

El recuerdo de ese célebre orador nos condujo naturalmente hacia el tema de las academias, y mi extraño comensal afirmó que en muchos casos él no desdeñaba inspirar la pluma, la palabra y la conciencia de los pedagogos, y que casi siempre asistía en persona pero invisible, a todas las sesiones académicas.

Envalentonado por tantas bondades, le pedí noticias de Dios, y si lo había visto últimamente. Me respondió, con una despreocupación matizada de cierta tristeza: "Nos saludamos cuando nos encontramos, como dos viejos gentilhombres, en quienes una innata cortesía no sofoca completamente el recuerdo de antiguos rencores."

Dudo que Su Alteza haya dado jamás una audiencia tan larga a un simple mortal, y temí abusar. Por fin, cuando el alba estremecedora aclaró los vi-

drios, este célebre personaje, cantado por tantos poetas y servido por tantos filósofos que trabajan para su gloria sin saberlo, me dijo: "Quiero que guarde un buen recuerdo de mí, y probarle que Yo, del que tanto mal se dice, soy a veces un *buen diablo* para usar una expresión vulgar. Para recompensar la pérdida irremediable de su alma, le ofrezco la apuesta que habría ganado si la suerte hubiera estado de su lado, es decir la posibilidad de aliviar y vencer, durante toda la vida, este extraño mal, el aburrimiento, que es la fuente de todas las enfermedades y de todos los miserables progresos. No habrá deseo formulado por usted que yo no ayude a concretar; reinará sobre sus vulgares semejantes; será alimentado con galanterías y adoración, incluso; la plata, el oro, los diamantes, los palacios mágicos, vendrán en su busca y pedirán ser aceptados sin que haya hecho ningún esfuerzo para ganarlos; cambiará de patria y de región tan a menudo como su fantasía lo ordene; se embriagará de placer hasta el cansancio en países encantadores donde siempre hace calor y donde las mujeres huelen tan bien como las flores, -etcétera, etcétera...-", agregó poniéndose de pie y despidiéndome con una buena sonrisa.

Si no hubiera sido por miedo a humillarme frente a una reunión tan numerosa, con gusto hubiera caído a los pies de ese jugador generoso, para agradecerle su extraordinaria magnificencia. Pero poco a poco, luego de haberlo dejado, la incurable desconfianza volvió a mí; ya no osaba creer tan prodigiosa felicidad y, al acostarme, rezando todavía en un resto de costumbre imbécil, repetía en una duermevela: "¡Dios mío! ¡Señor, mi Dios! ¡haz que el diablo mantenga su palabra!".

XXX
LA CUERDA

a Eduardo Manet

"Las ilusiones son tantas -decía mi amigo- como las relaciones de los hombres entre sí o de los hombres con las cosas. Cuando la ilusión desaparece, y el ser o el hecho surge tal cual es, sentimos algo extraño, confuso, un poco de pena por el fantasma perdido pero también sor-presa frente a lo real. Si hay un fenómeno evidente, trivial, siempre idéntico y de naturaleza inequívoca, es el amor maternal. Es tan difícil pensar a una madre sin amor como a una luz sin calor. ¿No es totalmente legítimo atribuir al amor de madre todas las acciones y palabras de esta hacia su hijo? Sin embargo escucha esta pequeña historia en la que fui engañado por la ilusión más natural.

"Mi profesión de pintor hace que observe rostros y fisonomías que aparecen en mi camino con atención, y usted sabe que esta facultad nos da la satisfacción de volver más rica y significativa la vida. En el alejado barrio donde vivo, con amplios espacios cubiertos de césped que separan a los edificios entre sí, solía encontrar a un muchachito de aspecto ardiente y juguetón, que me atraía más que los demás. Más de una vez posó para mí y lo transformé en gitanillo, en ángel y en amor mitológico. Hice que empuñara el violín del vagabundo, la corona de espinas y los clavos de la pasión, la antorcha de Eros. Tanto me encariñó su encanto que un día pedí a sus padres, gente pobre, que me lo cedieran. Prometí vestirlo bien, darle algún dinero y no imponerle más trabajo que la limpieza de los pinceles y algunos mandados. Limpio era encantador y la vida en mi casa le pareció un paraíso comparada a la del tugurio paterno. Sólo debo decir que a veces este hombrecito me sorprendía con singulares crisis de tristeza precoz y que pronto manifestó un inmoderado gusto por el azúcar y el licor. Tanto, que un día en que constaté, pese a mis muchas advertencias, que había vuelto a las andadas, lo amenacé con mandarlo de vuelta a lo de sus padres. Después me fui y

mis asuntos me retuvieron fuera de casa un rato largo.

"¡Cual no fue mi horror y mi sorpresa cuando al volver a casa lo primero que vi fue a mi hombrecito, mi alegre compañero de vida, ahorcado en una saliente del armario! Sus pies casi tocaban el piso y una silla que sin duda había empujado con el pie, estaba caída a su lado; la cabeza, convulsivamente volcada sobre el hombro y la cara amorotonada con los ojos tristes tan abiertos que al principio me pareció vivo.

"Descolgarlo no fue tarea fácil. Ya estaba rígido y yo tenía un inexplicable horror a dejarlo caer bruscamente al suelo. Tuve que abrazarlo y cortar la cuerda con la mano libre. Pero hecho esto, no todo estaba terminado porque el pequeño monstruo había usado una cuerda muy delgada que había entrado profundamente en la carne y con tijeras delgadas tuve que buscar la cuerda en los labios de la herida para soltar el cuello.

"Olvidé decir que había pedido auxilio a gritos, pero todos mis vecinos rehusaron ayudarme, fieles a la costumbre del hombre civilizado que, no sé por qué, nunca quiere mezclarse en los asuntos de un ahorcado. Cuando llegó el médico, declaró que el

chico estaba muerto desde hacía varias horas. Después, cuando lo desvestimos para lavarlo, la rigidez cadavérica era tal que, desesperando de flexionar sus miembros, rompimos y cortamos las vestimentas para poder sacárselas.

"El comisario, ante el que tuve que declarar el incidente me miró de costado y dijo: «Es muy sospechoso», movido sin duda por el inveterado deseo y hábito profesional de provocar miedo tanto en inocentes como en culpables.

"Quedaba una suprema tarea que cumplir y la sola idea me angustiaba terriblemente: tenía que avisar a los padres. Mis pies se negaban a llevarme. Finalmente reuní coraje. Para mi gran sorpresa la madre permaneció impasible; ni una lágrima humedeció sus ojos. Lo atribuí al horror que debía sentir y recordé una conocida sentencia: «Los dolores más terribles son dolores mudos». En cuanto al padre se contentó con decir, brutal y soñador «Después de todo, es mejor así; hubiera terminado mal».

"El cuerpo seguía extendido en mi diván y, asistido por una criada, me ocupaba de los últimos preparativos cuando la madre entró en mi taller. Dijo que quería ver el cadáver de su hijo. Realmente no podía impedirle que se embriagara con su desdicha

ni negarle este último y sombrío consuelo. Después me pidió que le mostrara el sitio donde su pequeño se había ahorcado. «No, señora -contesté- le va a hacer mal». Y cuando involuntariamente mis ojos se volvieron hacia el fúnebre armario percibí con disgusto mezclado con horror y cólera, que el clavo había quedado en la pared, con un largo extremo de cuerda colgando todavía. Me lancé con rapidez a arrancar esos últimos vestigios de la desgracia y cuando iba a tirarlos por la ventana la pobre mujer me agarró del brazo y me dijo con voz irresistible «¡Oh señor, déjeme eso! ¡Se lo pido! ¡Se lo suplico!». Creí que la desesperación la trastornaba tanto que se enternecía con el instrumento de la muerte de su hijo y quería guardarlo como una reliquia querida y horrible. Y se apoderó del clavo y de la cuerda.

"Por fin, por fin todo había terminado. Sólo quedaba retomar el trabajo, con más fuerza que nunca para alejar poco a poco ese pequeño cadáver que habitaba los pliegues de mi cerebro y cuyo fantasma me atormentaba con sus grandes ojos fijos. Al día siguiente recibí un paquete de cartas: unas, de los inquilinos de mi casa, otras, de los vecinos; una, del primer piso, otra del segundo, otra del tercero. Y

así sucesivamente. Unas con estilo semicómico, trataban de disfrazar en la broma la sinceridad del pedido; otras eran decididamente descaradas y sin ortografía, pero todas con el mismo objetivo, es decir: obtener un pedazo de la funesta y beatífica cuerda. Entre los firmantes había más mujeres que hombres pero créame, ninguno pertenecía a la clase ínfima y vulgar. Guardé las cartas.

"Y entonces, repentinamente, mis ideas se aclararon. Comprendí por qué la madre necesitaba conseguir la cuerda y con qué negocio pretendía consolarse".

XXXI
LAS VOCACIONES

En un bello jardín en que los rayos del sol otoñal se solazaban, bajo un cielo casi verde donde flotaban doradas nubes como continentes suspendidos, conversaban cuatro hermosos niños, cuatro varones cansados de jugar.

Uno dijo: "Ayer me llevaron al teatro. En grandes y tristes palacios, con el mar y el cielo de fondo, hombres y mujeres, serios y tristes pero mucho más hermosos y mejor vestidos que los que hay en todas partes, hablan con voz cantante. Amenazan, suplican, se desconsuelan y a veces apoyan la mano sobre el puñal que llevan en el cinto. ¡Es tan lindo! ¡Las mujeres son mucho más hermosas y grandes que las que vienen de visita a casa y a pesar de que los grandes ojos vacíos y las mejillas encendidas tie-

nen un aire terrible, es imposible no amarlas! Te da miedo, ganas de llorar y estás contento... Y lo más raro es que dan ganas de vestirte así, de decir y hacer las mismas cosas, y de hablar con la misma voz..."

Otro de los cuatro niños, que desde hacía un momento no escuchaba el discurso de su camarada y observaba con sorprendente fijeza no sé qué punto del cielo, dijo de pronto: "¡Miren, miren allá! ¿Lo ven? Está sentado sobre esa nubecita solitaria, esa nubecita color fuego, que corre suavemente y parece que también El nos mira" "¿Pero quién?" preguntaron los otros.

"¡Dios!" contestó con perfecto acento de convicción. "Ya está muy lejos, ahora no lo pueden ver. Viaja, sin duda, para visitar todos los países. Cuidado, va a pasar detrás de esa arboleda que está en el horizonte... Y ahora baja detrás del campanario... ¡Ah! ¡Ya no se lo ve!" Y el niño permaneció largo rato mirando hacia allí, observando la línea que separa tierra y cielo, con ojos brillantes e indecible expresión de éxtasis y pesar.

"Que estúpido es éste, con su buen Dios que sólo él puede ver!" dijo entonces el tercero, y toda su personita denotaba una vivacidad y una vitalidad

singular. "Les voy a contar algo que a ustedes nunca les pasó y que es más interesante que el teatro y las nubes. Hace algunos días, mis padres me llevaron de viaje pero en el albergue no había suficientes camas para todos; se decidió entonces que yo durmiera en una misma cama con mi criada.", atrajo cerca a sus camaradas y habló con voz más baja "Es algo muy raro eso de no acostarse solo y estar en una misma cama con la criada, en medio de la oscuridad. Como ella se durmió y yo no, me divertí pasando mi mano por sus brazos, su cuello y los hombros. Tiene los brazos y el cuello más anchos que todas las mujeres y la piel tan suave, tan suave, que parece papel de carta, o pa-pel de seda. Sentía tanto placer que habría seguido mucho tiempo si no hubiera tenido miedo, primero de despertarla y también miedo de no sé qué. Después sumergí mi cara en el pelo que le caía por la espalda, espeso como melena y perfumado como las flores del jardín a esta hora. ¡Cuando puedan traten de hacer como yo y verán!"

Mientras contaba, el joven autor de esta prodigiosa revelación tenía los ojos desorbitados y estupefactos por lo que aún sentía, y los rayos del ocaso, deslizándose a través de los rojizos bucles de su ca-

bellera desgreñada le encendían una especie de aureola de pasión. Era fácil adivinar que no gastaría su vida buscando la divinidad en las nubes, sino que la encontraría con frecuencia y en otra parte.

Finalmente, el cuarto dijo: "Saben que apenas me divierto en casa; nunca me llevan al teatro, mi tutor es demasiado avaro; Dios no se ocupa ni de mí ni de mi aburrimiento y carezco de una hermosa criada que me mime. Muchas veces creí que mi placer sería ir siempre recto y adelante, sin saber dónde, sin que nadie se inquietara, viendo nuevos países. No estoy bien en ningún sitio y pienso que estaría mejor lejos de donde estoy. ¡Y bien! en la última feria del pueblo cercano vi a tres hombres que vivían como a mi me gustaría. Ustedes no prestaron atención. Eran grandes, casi negros, y harapientos, pero parecían muy orgullosos de no necesitar a nadie. Los grandes ojos oscuros brillaban mientras tocaban música; una música tan sorprendente que daban ganas de bailar, de llorar o de hacer ambas cosas a la vez. Si se la escuchaba mucho, uno se volvía un poco loco. El que movía el arco sobre el violín parecía contar una pena, y el que hacía saltar un martillito sobre una pianola que le colgaba del cuello, daba la sensación de burlarse de la queja de su vecino mientras que el

tercero golpeaba cada tanto los platillos con extraordinaria violencia. Estaban tan contentos que cuando la multitud se dispersó, siguieron tocando su música de salvajes. Después recogieron las monedas, cargaron el equipaje a la espalda y se fueron. Yo, que quería saber dónde vivían, los seguí de lejos, hasta el límite del bosque. Y recién ahí comprendí que no vivían en ninguna parte.

"Entonces uno dijo: "¿Hace falta que armemos la tienda?"

"¡Claro que no!" contestó otro "¡es una noche tan hermosa!"

"Contando la ganancia el tercero decía: "Esa gente no siente la música y las mujeres bailan como osos. Felizmente antes de un mes estaremos en Austria, y habrá gente más amable".

"Tal vez haríamos mejor yendo a España, porque avanza la estación; huyamos antes de las lluvias y mojemos sólo la garganta" dijo uno de los otros dos.

"Ya ven cómo recuerdo todo. Después cada cual bebió una taza de aguardiente y se durmieron al sereno. Primero quise pedirles que me llevaran y me enseñaran a tocar sus instrumentos; pero no me atreví, sin duda porque siempre es muy difícil tomar

una decisión y también porque tenía miedo de que me detuvieran antes de salir de Francia".

El desinterés de los tres camaradas me hizo pensar que el pequeño era ya un incomprendido. Lo observé atentamente; en los ojos y la frente tenía un no sé qué fatal, que generalmente espanta la simpatía y que en cambio excitaba la mía. Por un momento tuve la extraña idea de que podía tener un hermano por mí mismo ignorado.

El sol ya había bajado. La noche solemne había tomado su lugar. Los niños se separaron y cada uno fue a madurar su destino, escandalizar a su prójimo y gravitar hacia la gloria o el deshonor, según su circunstancia o azar.

XXXII
EL TIRSO

a Franz Liszt

¿Qué es un tirso? En mi sentido moral y poético, un emblema sagrado en manos de sacerdotes y sacerdotisas que celebran a la divinidad que interpretan y sirven. En lo concreto, es sólo un palo, estaca para el lúpulo, guía de la viña, seco, duro y recto. Alrededor de esta estaca, en meandros caprichosos juguetean y retozan los tallos y las flores, sinuosos y huidizos unos, inclinados como campanas o copas volcadas otros. Una desconcertante gloria brota de esta comple-jidad de líneas y colores, tiernas o restallantes. ¿No podría decirse que la línea curva y la espiral cortejan a la recta y danzan a su alrededor con muda adoración? ¿O acaso que todas las delicadas corolas, los cálices, estallidos de perfume y color ejecutan un místico fandango en torno

del hierático bastón? ¿Y sin embargo quién será el imprudente mortal que se atreva a precisar si las flores y los pámpanos han sido hechos para el tirso o si el tirso es pretexto para que se muestre la belleza de pámpanos y flores? El tirso es la representación de su sorprendente dualidad, maestro poderoso y venerado, querido Bacante de la misteriosa y apasionada belleza. Ninguna ninfa desenfrenada por el invencible Baco sacudió nunca el tirso sobre las cabezas de sus enloquecidas compañeras con tanta energía y deseo como usted su genio sobre los corazones de sus hermanos. El palo es su voluntad recta, firme, inquebrantable; las flores, el paseo de su fantasía alrededor de la voluntad; es el elemento femenino ejecutando en torno al macho prestigiosas piruetas. Línea recta y arabesco, intención y expresión, rigidez de la voluntad, sinuosidad del verbo, unidad de objetivo, variedad de medios, amalgama todopoderosa e indivisible del genio, ¿qué analista tendrá el estúpido coraje, de dividirlo y separarlo?

Querido Liszt, a través de las brumas, más allá de los ríos, sobre las ciudades donde los pianos cantan tu gloria y la imprenta traduce tu sabiduría, donde sea que estés, en los esplendores de la ciudad eterna o en las brumas de los países soñadores que con-

suela Cambrino, improvisando cantos de deleite o de inefable dolor, o confiando al papel tus profundas meditaciones, ¡Cantor del placer y de la angustia eternas, filósofo, poeta y artista, yo te saludo en la inmortalidad!

XXXIII
EMBORRACHENSE

Hay que estar siempre ebrio. Eso es todo: la única cuestión. Para no sentir el horrible peso del tiempo quebrando la espalda y doblándonos hacia la tierra, hay que emborracharse sin tregua.

¿Pero con qué? Con vino, poesía, o virtud, como gustéis. Pero emborráchense.

Y si alguna vez, en las escalinatas de un palacio, sobre la hierba verde de un parque, en la taciturna soledad del cuarto, despiertan ya disminuida o desaparecida la borrachera, pregunten al viento, a la ola, a la estrella, al pájaro, al reloj, a todo lo que huye, a lo que gime y rueda, a todo lo que canta, a todo lo que habla, pregunten qué hora es y el viento, la ola, la estrella, el pájaro, el reloj, responderán: "¡Es hora de emborracharse! ¡Para no ser mártires esclavos del

tiempo, emborráchense; emborracharse sin cesar! Con vino, poesía o virtud, como gustéis."

XXXIV
¡TAN PRONTO!

Ya cien veces había surgido el sol, radiante o desolado, en la inmensa cuba del mar, de bordes apenas perceptibles, y cien veces había vuelto a hundirse, resplandeciente o sombrío, en el inmenso baño de la noche. Hacía muchos días que podíamos contemplar el otro lado del firmamento y descifrar el alfabeto celeste de las antípodas. Y cada uno de los pasajeros gemía y murmuraba. Parecía que la proximidad de la tierra aguijoneaba el sufrimiento. "¿Cuándo enton-ces?", decían, "dejaremos de dormir un sueño sacudido por la marea y perturbado por un viento que ronca más alto que nosotros? ¿Cuándo podremos dejar de comer carne tan salada como el infame elemento que nos lleva? ¿Cuándo podremos digerir en un asiento inmóvil?"

Algunos pensaban en sus hogares, extrañaban a sus mujeres infieles y agrias, y a su prole gritona. Todos estaban tan perturbados por la imagen de la tierra ausente que habrían comido pasto con más entusiasmo que los animales.

Finalmente se avistó una costa y al aproximarnos vimos que era una tierra magnífica, fascinante. Parecía que las músicas de la vida se desprendían de ella con vago murmullo y que estas costas, ricas en todo tipo de vegetación, exhalaran un delicioso perfume de flores y frutos a varias leguas a la redonda.

De inmediato todos se pusieron contentos, cada cual abdicó de su mal humor. Los litigios se olvidaron, se perdonaron los recíprocos equívocos; los duelos concertados fueron anulados de la memoria, y los rencores se desvanecieron como humaredas.

Sólo yo estaba triste, inconcebiblemente triste. Como un sacerdote a quien se hubiera despojado de su divinidad, con desoladora amar-gura no podía desprenderme de este mar tan monstruosamente seductor, de este mar tan infinitamente variado en su terrible simplicidad, que parece contener y representar en sus juegos, ritmos, cóleras y sonrisas, los humores, agonías y éxtasis de todas las almas que han vivido, viven y vivirán.

Al despedirme de su incomparable belleza, me sentía abatido hasta la muerte; por eso, cuando cada uno de mis compañeros dijo "¡Por fin!" sólo pude exclamar "*¡Tan pronto!*".

Pero estaba la tierra, la tierra con sus ruidos, sus pasiones, comodidades y fiestas; una tierra rica y magnífica, llena de promesas, que nos enviaba un misterioso perfume de rosa y almizcle y de donde nos llegaban las músicas de la vida con amante murmullo.

XXXV
LAS VENTANAS

Quien mira a través de una ventana abierta, jamás ve tantas cosas como el que mira una ventana cerrada. No hay objeto más profundo, misterioso, fecundo, tenebroso, y radiante que una ventana iluminada por una vela. Lo que puede verse al sol siempre es menos interesante que lo que pasa detrás de un vidrio. En ese agujero negro o luminoso vive la vida, sueña la vida, sufre la vida.

Por sobre la marea de techos veo a una mujer madura, ya arrugada, pobre, siempre inclinada sobre alguna cosa, y que no sale nunca. Con el rostro, el vestido, el gesto, con casi nada, rehice la historia de esta mujer, o más bien su leyenda, y ciertas veces me la cuento a mí mismo y lloro.

Si se hubiera tratado de un pobre anciano, la hubiera reconstruido con la misma facilidad.

Me acuesto, orgulloso de haber vivido y sufrido otras vidas que no son la mía.

Podrán decirme "¿Estás seguro de que es la verdadera historia?" ¿Qué importa lo que pueda ser la realidad fuera de mí, si me ha ayudado a vivir y a sentir qué soy y cómo soy?

XXXVI
EL DESEO DE PINTAR

¡Desdichado el hombre, pero feliz el artista desgarrado por el deseo! Necesito pintar a la que tan pocas veces vi y que huyó veloz, como algo hermoso y nostálgico tras el viajero que la noche arrastra. ¡Hace cuánto tiempo ya que desapareció!

Es hermosa, y más: es sorprendente. El negro abunda en ella: y lo que inspira es nocturno y profundo. Sus ojos son dos antros donde el misterio centellea vagamente, y su mirada ilumina como el rayo: una explosión en las tinieblas.

Si pudiera concebirse un astro negro prodigando luz y felicidad, diría que es un sol negro. Pero más hace pensar en la luna, que sin duda la marcó con su temible influencia; no la luna blanca de los idilios que parece una esposa fría; sino una luna siniestra y embriagadora, suspendida en el fondo de una noche

tormentosa y turbada por el correr de las nubes; no la luna apacible y discreta que visita el sueño de los hombres puros sino la luna arrancada del cielo, vencida y rebelde, a la que las brujas de Tesalia obligan a danzar sobre la hierba aterrorizada!

En su pequeña frente conviven la voluntad tenaz y la pasión por la caza. Sin embargo, en la parte inferior de su rostro inquietante -donde las sensibles narinas aspiran lo desconocido y lo imposible- estalla con gracia indescriptible la risa de una boca grande, roja y blanca y deliciosa que hace soñar con el milagro de una magnífica flor nacida en terreno volcánico.

Hay mujeres que inspiran el deseo de vencerlas y gozar de ellas; ésta el de morir lentamente bajo su mirada.

XXXVII
LAS BENDICIONES DE LA LUNA

La Luna, que es el capricho mismo, miró por la ventana mientras dormías en tu cuna, y se dijo: "Esta niña me gusta".

Y descendió blandamente su escalera de nubes y pasó sin ruido a través de los vidrios. Luego se tendió sobre ti con la blanda ternura de una madre, y dejó sus colores sobre tu rostro. Tus pupilas se volvieron verdes, y tus mejillas extraordinariamente pálidas. Al ver a tu visitante tus ojos se agrandaron insólitamente y ella te abrazó tan tiernamente el cuello que para siempre te quedó el deseo de llorar.

Sin embargo, en la expansión de su alegría, la Luna llenaba toda la habitación como una atmósfera fosfórica, como un veneno luminoso; y toda esta luz viviente pensaba y decía: "Sufrirás eter-

namente la influencia de mi beso. Serás bella a mi manera. Amarás lo que yo amo y lo que me ama: el agua, las nubes, el silencio y la noche; la mar inmensa y verde; el agua uniforme y multiforme; el sitio donde no estás; el amante que no conocerás; las flores monstruosas; los perfumes que hacen delirar; los gatos que desfallecen sobre pianos gimiendo como mujeres, con voz ronca y dulce!

"Serás amada por mis amantes, cortejada por mis cortejantes. Serás la reina de los hombres de ojos verdes cuyo cuello también abracé en mis caricias nocturnas; de los que aman la mar, la mar inmensa, tumultuosa y verde, el agua informe y multiforme, el lugar donde no están, la mujer que no conocen, las flores siniestras que parecen inciensarios de una religión desconocida, los perfumes que perturban la voluntad, y los animales salvajes y voluptuosos que son los emblemas de su locura."

Y por eso, maldita niña amada y mimada, estoy ahora rendido a tus pies, buscando en ti el reflejo de la temible Divinidad, de la fatídica madrina, la nodriza envenenadora de todos los *lunáticos*.

XXXVII
¿CUAL ES LA VERDADERA?

Yo conocí a una tal Benedicta que llenaba la atmósfera de ideal, y sus ojos encendían un deseo de grandeza, belleza, gloria y de todo lo que hace creer en la inmortalidad.

Pero esta niña milagrosa era demasiado bella para vivir mucho tiempo; murió pocos días después de conocerla, y yo mismo la enterré, un día en que la primavera agitaba su inciensario hasta en los cementerios. Fui yo quien la enterró, bien confinada en un féretro de madera perfumada e incorruptible como los cofres de la India.

Y cuando mis ojos quedaron fijos en el lugar donde estaba enterrado mi tesoro, súbitamente vi a una personita singularmente parecida a la difunta

que, pataleando sobre la tierra fresca con una violencia histérica y notable, decía estallando en risas: "¡La verdadera Benedicta soy yo! ¡Soy yo, una canalla famosa! ¡Y para castigar tu locura y tu ceguera, me amarás tal como soy!".

Pero yo, furioso, contesté. "¡No! ¡no! ¡no!" y para acentuar mejor mi rechazo pateé tan violentamente la tierra que mi pierna se hundió hasta la rodilla en la reciente sepultura y como un lobo aprisionado en la trampa, quedé atado para siempre a la fosa del ideal.

XXXIX
UN CABALLO DE RAZA

Ella es muy fea. ¡Sin embargo, deliciosa!

El tiempo y el amor la marcaron con sus garras y cruelmente le enseñaron lo que cada minuto y cada beso se llevan de juventud y de frescura.

Es verdaderamente fea: hormiga, araña y hasta esqueleto si quieren; pero también es brebaje, magisterio, brujería. En suma, es exquisita.

El tiempo no pudo romper la armonía brillante de su andar ni la indestructible elegancia de su osamenta. El amor no alteró la suavidad de su aliento de niña; el tiempo no arrancó ni un poco de su abundante melena que con salvajes perfumes exhala toda la endiablada vitalidad del mediodía francés: Nimes, Aix, Arles, Avignon, Narbonne, Toulouse, ¡ciudades bendecidas por el sol, amorosas y encantadoras!

El tiempo y el amor en vano le dieron dentelladas; no disminuyeron en nada el vago pero eterno encanto de su pecho de muchacho.

Gastada tal vez pero no cansada y siempre heroica, se parece a los caballos de raza que el ojo del verdadero aficionado reconoce aunque estén atados a un coche de alquiler o a un pesado carro.

¡Y además ella es tan dulce y ferviente! Ama como se ama en otoño; es como si la proximidad del invierno encendiera en su corazón un fuego nuevo, y la complacencia de su ternura no cansara nunca.

XL
EL ESPEJO

Un hombre horrible entra y se mira en el espejo.

"-¿Por qué se mira usted en el espejo, si únicamente podrá mirarse con disgusto?"

El hombre horrible me responde: "Señor, según los inmortales principios del 89, todos los hombres son iguales ante la ley; así que yo tengo derecho a mirarme; si con placer o con disgusto, atañe a mi conciencia".

Según el sentido común, indudablemente yo tenía razón; pero desde el punto de vista de la ley, él no estaba equivocado.

XLI
EL PUERTO

Un puerto es un sitio encantador para un alma cansada de las luchas. La amplitud del cielo, la móvil arquitectura de las nubes, los colores cambiantes del mar y el centelleo de los faros son un prisma maravillosamente límpido para divertir los ojos sin cansarse jamás. Las delicadas formas de los barcos con complicados aparejos en los que la marea imprime armoniosas oscilaciones, alimentan el alma con el gusto del ritmo y la belleza. Y además, sobre todo, para quien ca-rece ya de curiosidad y ambición, es un misterioso y aristocrático placer contemplar desde el mirador o acodado en el muelle, los movimientos de quienes parten y regresan, de quienes todavía tienen fuerzas para querer y deseo para viajar o para enriquecerse.

XLII
RETRATO DE LAS AMANTES

En un salón para hombres, un fumadero contiguo a un elegante garito, cuatro hombres fumaban y bebían. No eran exactamente jóvenes ni viejos, hermosos ni feos; pero viejos o jóvenes, tenían esa distinción fácil de reconocer en los veteranos de la parranda, un indescriptible no sé qué, cierta tristeza fría e irónica que dice claramente: "Vivimos a fondo y buscamos algo que pudiéramos amar y estimar".

Uno de ellos lanzó la conversación sobre el tema de las mujeres. Hubiera sido más filosófico no hablar de eso en absoluto, pero hay gente aguda que, después de beber, no desprecia las conversaciones banales. Entonces, al que habla se lo escucha como se escucharía música bailable.

"Todos los hombres, decía, han tenido la edad del Querubín: es la época en que, a falta de dríadas, se abraza sin miramientos el tronco de las encinas. Es el primer grado del amor. En el segundo se comienza a elegir. Poder deliberar ya es decadencia. Es entonces cuando se busca decididamente la belleza. Pero yo, señores, me vanaglorio de haber llegado hace tiempo a la época climatérica del tercer grado, donde la belleza misma no alcanza si no está sazonada por el perfume, la ropa, etcétera. Incluso confesaré que a veces aspiro a una desconocida felicidad, que debe indicar absoluta calma. Pero durante toda mi vida, exceptuada la edad del Querubín, fui sobre todo sensible a la insoportable tontería, a la irritante mediocridad de las mujeres. Lo que en los animales amo por sobre todas las cosas es su candor. Juzgad pues cuánto debí sufrir por mi última amante.

"Era la bastarda de un príncipe. Bella, está de más decirlo, ¿por qué si no la habría tomado? Pero ella arruinaba esta gran cualidad con una ambición malsana y deforme. Era una mujer que siempre quería mostrarse como hombre. "¡Usted no es un hombre! ¡Ah! ¡Si yo fuera hombre! Entre nosotros dos, ¡el hombre soy yo!" Esos eran los insoporta-

bles dichos que vertía su boca de la que jamás hubiera querido ver salir sino canciones. Acerca de un libro, un poema, una ópera por la que dejaba escapar mi admiración: "¿Realmente cree usted que es muy fuerte?" decía ella; "¿acaso sabe usted qué es la fuerza?", argumentaba.

Un buen día se interesó por la química: de manera que entre mi boca y la suya encontré en adelante una máscara de vidrio. A pesar de todo, era demasiado mojigata. Si por azar la abrazaba con un gesto demasiado amoroso, se convulsionaba como una sensible violada...

-¿Cómo terminó todo? dijo uno de los otros tres. No lo imaginaba tan paciente.

-Dios, -retomó él- puso remedio al mal. Un día encontré a esta Minerva hambrienta de fuerza ideal, a solas con mi criado y en una situación que me obligó a retirarme discretamente para no hacerla enrojecer. Por la noche los despedí a los dos, y les pagué los sueldos atrasados.

-En cuanto a mí, -contestó el interlocutor,- sólo tengo que quejarme de mí mismo. La felicidad vino a habitar en mi casa y no supe reconocerla. En los últimos tiempos, el destino me había concedido la alegría de la mujer más dulce y sumisa, la más de-

vota de las criaturas, ¡siempre lista y sin entusiasmo! "¡Claro que quiero, ya que le parece agradable!" Era su respuesta habitual. Si dieran bastonazos a la pared o al sillón obtendrían más suspiros que los que conseguían del pecho de mi amante los arrebatos del amor más furibundo. Después de un año de vida común, me confesó que jamás había conocido el placer. Ese duelo desigual me disgustó y la incomparable joven se casó. Más tarde se me antojó encontrarla y me dijo, mostrándome seis hermosos hijos: "¡Y bien! Mi querido amigo, la esposa es todavía tan virgen como la amante". Nada había cambiado en esta persona. A veces lo lamento: habría debido casarme".

Los otros se pusieron a reír y un tercero dijo:

"Señores, conocí goces que tal vez ustedes descuidaron. Quiero hablar de lo cómico en el amor, una comicidad que no excluye la admiración. He admirado más a mi última amante de lo que, creo, han odiado o amado a las suyas. Y todo el mundo la admiraba tanto como yo. Cuando entrábamos en un restorán, al cabo de unos minutos se olvidaban de comer para mirarla. Hasta los mozos y la cajera sufrían de ese éxtasis contagioso y se olvidaban de sus deberes. Para ser breve, durante algún tiempo yo

viví con un *fenómeno* viviente. Comía, masticaba, trituraba, devoraba, deglutía, pero con el más suave y despreocupado aspecto del mundo. Largo tiempo me mantuvo en éxtasis. Tenía un modo dulce, soñador, inglés y romántico de decir: "¡Tengo hambre!" Y repetía esas palabras día y noche, mostrando los más lindos dientes del mundo, que los hubieran enternecido y divertido al mismo tiempo. Hubiera podido hacer fortuna exhi-biéndola en las ferias como *monstruo polífago*. La alimentaba bien; no obstante me abandonó... -¿por un suministrador de víveres, tal vez? -Algo parecido, una especie de empleado de la intendencia que, mediante cierta combinación solo por él conocida, proporcionaba a esta pobre criatura la ración de varios soldados. Al menos eso es lo que supuse.

-Yo, dijo el cuarto, toleré atroces sufrimientos por lo contrario de lo que se le reprocha a la hembra egoísta. ¡Salen mal parados, mortales demasiado afortunados, al quejarse de las imperfecciones de sus amantes!

Esto fue dicho en un tono demasiado serio por un hombre de aspecto dulce y pausado, con una fisonomía casi clerical, desgraciadamente iluminada

por ojos de un gris claro, cuya mirada dice: "¡Quiero!" o: "¡Hay que!" o bien: "¡No perdono jamás!"

"Si, nervioso como lo conozco a usted, G..., cobardes y livianos como son los dos, K... y J...., hubieran estado relacionados con cierta mujer que conozco, hubieran huido, o hubieran muerto. Yo he sobrevivido, como ven. Figúrense una persona incapaz de cometer un error de sentimiento o de cálculo; una desoladora serenidad de carácter; una devoción sin comedia y sin énfasis; una dulzura sin debilidad; una energía sin violencia. La historia de mi amor se parece a un interminable viaje sobre una superficie pura y limpia como un espejo, vertiginosamente monótona, que reflejara todos mis sentimientos y mis gestos con la irónica exactitud de mi propia conciencia, de manera que no podía permitirme un gesto o un sentimiento irracional sin percibir inmediatamente el mudo reproche de mi inseparable espectro. El amor se me aparecía como una tutela. ¡Cuántas tonterías me impidió cometer, que lamento no haber cometido! ¡Cuántas deudas pagadas a mi pesar! Ella me privaba de to-dos los beneficios que hubiera podido obtener de mi locura. Con fría e infranqueable regla frenaba todos mis caprichos. Para colmo de horror, no exigía recono-

cimiento, una vez pasado el peligro. Cuántas veces tuve que contenerme para no saltarle al cuello, gritándole: "¡Sé imperfecta, miserable! ¡para que pueda amarte sin malestar y sin cólera!" Durante varios años, la admiré, el corazón lleno de odio. ¡Por fin, no fui yo quien murió!

-¡Ah! dijeron los otros, ¡murió entonces!

-¡Sí! Eso no podía continuar así. El amor se había transformado en una pesadilla agobiante. Vencer o morir, como dice la política, ¡tal era la alternativa que el destino me imponía! Una noche, en un bosque... a orillas de una laguna luego de un melancólico paseo en que sus ojos, los ojos de ella, reflejaban la dulzura del cielo y en que mi corazón, el corazón mío, estaba crispado como el infierno...

-¡Qué!

-¡Cómo!

-¿Qué quiere decir?

-Era inevitable. Tengo demasiado sentido de justicia para golpear, ultrajar o despedir a un servidor irreprochable. Pero había que equiparar ese sentimiento con el horror que su ser me inspiraba; desembarazarse de ella sin faltarle el respeto. ¿Qué querían que hiciese, *si era perfecta*?

Los otros tres lo miraron vaga y ligeramente alelados, como fingiendo no comprender y confesando implícitamente que no se sentían capaces de una acción tan rigurosa aunque suficientemente razonable.

Después se hicieron traer nuevas botellas para matar el tiempo que tiene la vida tan larga, y acelerar la vida que transcurre tan lentamente.

XLIII
EL GALANTE TIRADOR

Mientras el coche atravesaba el bosque, él hizo que se detuviera cerca de un campo de tiro, diciendo que quería disparar algunas balas para *matar* el tiempo. ¿Matar al monstruo, no es acaso la ocupación más ordinaria y legítima? Y galantemente ofreció la mano a su querida, deliciosa, execrable y misteriosa mujer a la que debe tantos placeres, tantos dolores, y tal vez también gran parte de su genio.

Varias balas dieron lejos del objetivo propuesto; una de ellas incluso entró en el techo; y mientras la encantadora criatura reía como loca, burlándose de la torpeza del esposo, éste se volvió bruscamente hacia ella y le dijo: "Observa esta muñeca, allá, a la derecha, la que tiene la nariz respingada y rostro altanero. ¡Y bien! querido ángel, *me imagino que eres tú*".

Y cerró los ojos y soltó el gatillo. La muñeca fue limpiamente decapitada.

Entonces, inclinándose hacia su querida, deliciosa, execrable mujer, su inevitable e impiadosa musa, y besándole respetuosamente la mano, agregó: "¡Ah! Mi ángel querido, cuanto te agradezco mi puntería!".

XLIV
LA SOPA Y LAS NUBES

Mientras mi loquita bienamada me daba la cena, por la ventana abierta del comedor yo contemplaba en las movedizas arquitecturas que Dios hace con las nubes, las maravillosas construcciones de lo impalpable. Y me decía, a través de mi contemplación:

"-Todas estas fantasmagorías son casi tan bellas como los ojos de mi hermosa bienamada, la monstruosa loquita de ojos verdes."

Cuando de repente, recibí un violento puñetazo en la espalda, y oí la voz ronca y encantadora, la voz histérica y entorpecida por el aguardiente, la voz de mi querida, pequeña bienamada que decía:

"¿Te falta mucho para comer la sopa, h... p... vendedor de nubes?"

XLV
EL CAMPO DE TIRO Y EL CEMENTERIO

-*Vista del cementerio, Cafetín.*- Singular cartel -se dijo nuestro paseante- ¡pero bien puesto para dar sed! Con seguridad el dueño de este café sabe apreciar a Horacio y a los poetas discípulos de Epicuro. Incluso es posible que conozca el profundo refinamiento de los antiguos egipcios, para quienes no había buen festín sin esqueleto, o sin un emblema cualquiera de la brevedad de la vida.

Y entró, bebió un vaso de cerveza enfrente de las tumbas y lentamente fumó un cigarro. Luego, tuvo ganas de bajar hasta el cementerio donde la hierba era tan alta y tan incitante, y rei-naba un rico sol.

En efecto, la luz y el calor eran álgidos, y parecía que el sol ebrio se extendía a todo lo largo de una alfombra de magníficas flores fertilizadas por la

destrucción. Un inmenso rumor de vida llenaba el aire -la vida de los infinitamente pequeños-, interrumpida a intervalos regulares por el crepitar de los disparos de un tiro vecino, que estallaban con la explosión de los tapones de champaña en el zumbido de una sinfonía asordinada.

Entonces, bajo el sol que le calentaba el cerebro y en la atmósfera de ardientes perfumes de la muerte, escuchó una voz murmurar bajo la tumba en la que se había sentado. Y la voz decía: "¡Malditos los blancos y las carabinas, turbulentos vivos, que tan poco se preocupan por los difuntos en su divino reposo! ¡Malditas sus ambiciones, malditos sus cálculos, mortales impacientes, que vienen a estudiar el arte de matar cerca del santuario de la Muerte!

¡Si supieran lo fácil que es ganar el premio, lo fácil de alcanzar que es el fin, y cómo todo, excepto la muerte, es nada, no se fatigarían tanto, laboriosos vivos, e interrumpirían con menos frecuencia el sueño de los que desde hace mucho yacen en el fin, en el único verdadero fin de la detestable vida!"

XLVI
PERDER LA AUREOLA

"¡Eh! ¿cómo? ¿Usted aquí, mi querido? ¡Usted, en un lugar malo! ¡Usted, el bebedor de quintaesencias! ¡Usted, que come ambrosía! Verdaderamente, hay de qué sorprenderse.

-Querido mío, conoce mi terror a los caballos y a los coches. Hace un momento, cuando atravesaba la avenida con gran apuro, y sorteaba el barro, a través del caos movedizo en que la muerte llega al galope por todos los costados a la vez, en un movimiento brusco mi aureola se deslizó de la cabeza, al fango del empedrado. No tuve el coraje de recogerla. Juzgué menos desagradable perder mis insignias que hacerme romper los huesos. Y además, me dije, de algo sirve la desgracia. Ahora puedo pasearme de incógnito, cometer bajas acciones, y abandonarme a la

canalla, como los simples mortales. ¡Y héme aquí, en todo semejante a usted, como puede ver!

-Al menos debería hacer publicar esa aureola, o hacerla reclamar por el comisario.

-¡Por favor! ¡No! Me encuentro bien aquí. Sólo usted me ha reconocido. Además la dignidad me aburre. Por otra parte pienso con alegría que algún mal poeta la recogerá e impúdicamente se adornará con ella. ¡Qué gozo, hacer feliz a alguien! ¡Y sobre todo, alguien que me hará reír! ¡Piense en X, o en Z! ¿Eh? ¡Qué divertido será eso!

XLVII
SEÑORITA BISTURI

Cuando llegaba al extremo de la avenida, bajo las luces de gas, sentí un brazo deslizarse dulcemente bajo el mío y escuché una voz que me decía al oído: "¿Usted es médico, señor?"

Miré; era una solterona robusta, con ojos muy abiertos, ligeramente maquillada, los cabellos le flotaban en el viento con las bridas de su sombrero.

-No; no soy médico. Déjeme pasar. -¡Oh, sí! Usted es médico. Lo veo claro. Venga a mi casa. ¡Estará muy contento de mí, venga! -Sin duda, iré a verla, pero más tarde, *después del médico*, ¡qué diablos!... -¡Ah! ¡ah! dijo ella, siempre suspendida de mi brazo, y estallando en risas, -usted es médico chistoso, yo conocí a varios de ese tipo. Venga.

Yo amo apasionadamente el misterio porque siempre tengo la esperanza de desentrañarlo. Me

dejé, pues, arrastrar por esta compañía, o más bien por este enigma inesperado.

Omito la descripción del tugurio; se la puede encontrar en varios antiguos poetas franceses muy conocidos. Solamente, detalle no percibido por Régnier, dos o tres retratos de célebres doctores colgaban de los muros.

¡Cómo me mimó! Un fuego vivo, vino caliente, cigarros; y al ofrecerme esas buenas cosas, encendiéndome ella misma un cigarro, la bufonesca criatura me decía: "Haga como en su casa, amigo mío, póngase cómodo. Eso le recordará el hospital y el buen tiempo de la juventud. -¡Ah, a propósito! ¿dónde consiguió usted esas canas? Usted no estaba así, hace no mucho tiempo, cuando era interno de L... Recuerdo que era usted quien lo asistía en las operaciones graves. ¡Ese sí que es un hombre a quien le gusta cortar, tallar y refilar! Usted le alcanzaba los instrumentos, los hilos y las esponjas".

-Y cuando terminaba la operación, decía orgullosamente, mirando su reloj: "¡Cinco minutos, señores! ¡Oh, yo voy por todas partes. Co-nozco bien a esos señores!.

Algunos instantes más tarde, tuteándome, retomaba su cantinela: "¿Eres médico, no es cierto, gatito?"

Este ininteligible refrán me hizo saltar sobre mis piernas. "¡No!" grité furioso.

-"¿Cirujano, entonces?

-¡No! ¡no! ¡a menos que sea para cortarte la cabeza...! ¡P... m... que te p...!

-Espera, retomó ella, ya vas a ver.

Y sacó de un armario un rollo de papeles que no eran otra que la colección de retratos de médicos ilustres de la época, litografiados por Maurin, que durante varios años pudieron verse exhibidos en el *quai* Voltaire.

-¡Mira! ¿reconoces a éste?

-¡Sí! es X. El nombre está debajo, además. Pero lo conozco personalmente.

-¡Ya lo sabía! ¡Ten! es Z. que decía en su curso, hablando de X.: "¡Ese monstruo lleva en el rostro la negrura de su alma!" ¡Todo porque el otro tenía distinta opinión en un asunto! ¡Cómo se reían de eso en la Escuela, en esa época! ¿Lo recuerdas?- Y éste es K., que denunciaba al gobierno a los insurgentes que curaba en el hospital. Era tiempo de rebeliones. ¿Cómo es posible que un hombre tan

buen mozo tuviera tan poco corazón?- Y ahora W., un famoso médico inglés; lo encontré en su viaje a París. Tiene aspecto como de señorita, ¿no es cierto?

Y cuando toqué un paquete atado, que había dejado sobre la mesita: "Espera un poco, dijo ella;- es de los internos, y este paquete es el de los externos."

Y desplegó en abanico una masa de fotografías que representaban fisonomías mucho más jóvenes.

-Cuando nos volvamos a ver me darás un retrato tuyo, ¿no es cierto, querido?

-Pero, le dije, siguiendo a mi vez mi idea fija, yo también,- ¿por qué me crees médico?

-¡Porque eres tan gentil, y tan bueno con las mujeres!

-¡Lógica singular! me dije a mí mismo.

-¡Oh! casi nunca me equivoco; conocí gran cantidad. Me gustan mucho esos señores y, aunque no estoy enferma, los voy a visitar algunas veces, sólo para verlos. Algunos me dicen fríamente: "¡Usted no está en absoluto enferma!" Pero hay otros que me comprenden, porque les hago caras.

- ¿Y cuando no comprenden?

-¡Bueno! Como los molesté *inútilmente*, les dejo diez francos sobre la chimenea. -¡Son tan buenos y

dulces, esos hombres! -En el Piedad descubrí a un joven interno, hermoso como un ángel, que es cortés ¡y cómo trabaja el pobre muchacho! Sus camaradas me dijeron que no tiene un peso porque sus padres son tan pobres que no pueden mandarle nada. Eso me dio confianza. Después de todo soy una mujer bastante bonita, aunque ya no joven. Le dije: "Ven a verme, ven a verme seguido. Y no te hagas problema conmigo; no necesito dinero". Pero tú comprendes que le hice entender esto por una cantidad de maneras; no se lo dije crudamente; ¡tenía tanto miedo de humillar al pobre muchacho!

-¡Y bien! ¿creerías que tengo un loco deseo que no me atrevo a decirle? ¡Quisiera que venga a verme con su maletín y su delantal, incluso con un poco de sangre!

Dijo esto con aire muy cándido, como un hombre sensible diría a la actriz que ama: "Quiero verla vestida con el traje que llevaba en su famoso personaje..."

Yo, obstinándome, retomé: "¿Puedes recordar la época y la ocasión en que nació en ti esta pasión tan particular?"

Con gran dificultad me hice comprender y por fin lo logré. Pero ella me contestó con mucha tristeza y desviando los ojos: "No sé... no me acuerdo".

¿Cuántas extravagancias hay en una gran ciudad, si sabe uno pasear y mirar?. La vida hormiguea de monstruos inocentes. ¡Dios mi Señor! el Creador, el Maestro; vos que hiciste la Ley y la Libertad; el soberano que deja hacer, el juez que perdona; que está lleno de motivos y de causas, y que tal vez puso en mi espíritu el gusto del ho-rror para convertir a mi corazón, como la cura en la punta de una cuchilla; ¡Señor, ten piedad, ten piedad de los locos y de las locas! ¡Oh Creador! ¿Pueden existir monstruos a los ojos de Aquél, el único que sabe por qué existen, cómo *se hicieron* y cómo hubieran podido *no hacerse*?

XLVIII
ANY WHERE OUT OF THE WORLD
En Cualquier Parte Fuera del Mundo

Esta vida es un hospital donde cada enfermo está poseído por el deseo de cambiar de cama. Este querría sufrir frente a la estufa, y aquel cree que sanaría al lado de la ventana.

Me parece que yo siempre estaría bien allí donde no estoy, y este tema de la mudanza es uno de los que discuto incesantemente con mi alma.

"Dime, alma mía, pobre alma con frío, ¿qué te parecería habitar en Lisboa? Debe hacer calor allí y te reconfortarías como un lagarto. Esta ciudad está a orillas del agua; se dice que esta construída en mármol y que su pueblo tiene tal odio a lo vegetal que arranca todos los árboles. Sería un paisaje a tu

gusto; ¡un paisaje hecho con luz y mineral, y líquido para reflejarlos!".

Mi alma no responde.

"Ya que amas tanto el reposo, con el espectáculo del movimiento, ¿quieres venir a vivir en Holanda, esa tierra beatífica? Tal vez te divertirías en esta región cuya imagen tan a menudo admiraste en los museos. ¿Qué pensarías de Rotterdam, tú, que amas la maraña de mástiles y los navíos amarrados al pie de las casas?"

Mi alma permanece muda.

-¿Batavia te sonreiría más, tal vez? Además allí encontraríamos el espíritu de Europa con la belleza tropical.

Ni una palabra. ¿Habrá muerto mi alma?

-¿Será que has llegado a tal punto de letargo que sólo te complaces con tu enfermedad? Si es así, huyamos hacia los países que son analo-gías de la Muerte.

-Yo me ocupo de nuestro asunto, ¡pobre alma! Haremos nuestras maletas para Torneo. Vayamos más lejos aún, al último extremo del Báltico; más lejos de la vida todavía si es posible; instalémonos en el polo. Allí el sol roza sólo oblicuamente la tierra y las lentas alternativas de la luz y de la noche

suprimen la variedad y aumentan la monotonía, esa mitad de la nada. Allí podremos tomar largos baños de tinieblas, aunque para divertirnos las auroras boreales nos enviarán cada tanto sus haces rosados, como reflejos de fuegos de artificio del Infierno!

Finalmente mi alma hace explosión y juiciosamente me grita: "¡No importa dónde! ¡no importa dónde! ¡con tal de que sea lejos de este mundo!"

XLIX
APORREEMOS A LOS POBRES

Confinado quince días en mi habitación, me había rodeado de libros de moda en esa época (hace dieciséis o diecisiete años); quiero decir libros donde se trata el arte de volver a los pueblos felices, sabios y ricos, en veinticuatro horas. Así pues, yo había digerido, -tragado, quiero decir- todas las elucubraciones de todos estos em-presarios de la felicidad pública, -que aconsejan a los pobres volverse esclavos, y los persuaden de que son reyes destronados. Nadie se sor-prenderá entonces de que estuviera en un estado de espíritu próximo al vértigo o a la estupidez.

Solamente me parecía sentir, confinado al fondo de mi intelecto, el oscuro germen de una idea superior a todas las fórmulas del sentido común que ha-

bía recorrido recientemente en el diccionario. Pero sólo era la idea de una idea, algo infinitamente vago.

Y salí muy sediento. Pues el gusto apasionado de las malas lecturas engendra una necesidad proporcional de aire libre y de refrescos.

Cuando iba a entrar en un café, un mendigo me tendió el sombrero con una de esas miradas inolvidables que derribarían tronos, si el espíritu removiera la materia, y si el ojo de un mago hiciera madurar las uvas.

Al mismo tiempo, escuchaba una voz murmurando en mi oído, una voz que reconocí perfectamente; era la del buen Angel, o buen demonio, que me acompaña a todas partes. Ya que Sócrates tenía su buen Demonio, ¿por qué no podría yo tener un buen Angel, y por qué no habría de obtener, como Sócrates, mi diploma de locura, firmado por el sutil Lelut y el bien informado Baillarger?

Hay una diferencia entre el Demonio de Sócrates y el mío, y es que el de Sócrates no se manifestaba sino para prohibirle, advertirle, impedirle, y que el mío se digna aconsejar, sugerir, persuadir. El pobre Sócrates tenía un Demonio prohibitivo; y el mío es un gran afirmador, el mío es un Demonio de acción, un Demonio de combate.

Además su voz me cuchicheaba: "Sólo es igual a otro quien así lo prueba, y sólo es digno de libertad quien sabe conquistarla"

Inmediatamente salté sobre el mendigo. Con un solo puñetazo le taponé un ojo que en un segundo se hinchó como una pelota. Quebré una de mis uñas al romperle dos dientes, y como no me sentía demasiado fuerte porque nací delicado y no me ejercité demasiado en el boxeo, para aporrear rápidamente a ese viejo lo agarré con una mano del cuello de su traje y con la otra le apreté la garganta y me puse a sacudirle vigorosamente la cabeza contra una pared. Debo con-fesar que previamente había hechado un vistazo por los alrededores y había verificado que en el desierto suburbio me encontraba fuera del alcance de cualquier agente de policía.

Después de derribar al debilitado sexagenario con una patada en la espalda, tan enérgica como para partirle los omóplatos, me apoderé de una gruesa rama de árbol caída y lo golpeé con la obstinada energía de los cocineros que quieren ablandar un bife.

De pronto, -¡Oh milagro! ¡Oh goce del filósofo que verifica la excelencia de su teoría!- vi a la antigua osamenta darse vuelta, levantarse con una energía

que jamás habría sospechado en máquina tan singularmente desequilibrada y, con una mirada de odio que me pareció de buen augurio, el decrépito malandrín se lanzó sobre mí, me golpeó los dos ojos, me rompió cuatro dientes y con la misma rama de árbol me molió a palos. Con mi enérgica medicación yo le había devuelto el orgullo y la vida.

Entonces hice grandes gestos para que comprendiera que consideraba terminada la discusión, me levanté con la satisfacción de un sofista del Pórtico y le dije: "¡Señor, usted es mi par! hágame el honor de compartir conmigo la bolsa; y recuerde que, si es usted realmente filántropo, en caso de que le pidan limosna tiene que aplicar en sus colegas la teoría que yo tuve el dolor de intentar sobre su espalda".

El me juró que había comprendido mi teoría, y que obedecería mis consejos.

L
LOS PERROS BUENOS

a Joseph Stevens

Jamás, ni siquiera ante los jóvenes escritores de mi siglo, me avergoncé de mi admiración por Buffon pero no sería a él, pintor de la naturaleza pomposa, a quien invocaría hoy en mi auxilio. No. Más gustoso me dirigiría a Sterne para decirle: ¡Baja del cielo o sube hasta mí desde los Campos Elíseos e inspira un canto digno de ti, farsante sentimental, incomparable farsante, un canto sobre los perros buenos, los pobres perros! Vuelve montado sobre el famoso asno que siempre te acompaña en la memoria de la posteridad; y sobre todo que el asno no se olvide el inmortal mazapán que delicadamente cuelga de sus labios!

¡Atrás, musa académica! No tengo nada que hacer con esa vieja mojigata. Invoco a la musa fami-

liar, ciudadana y viva, para que me ayude a cantar a los perros buenos, los perros sucios y miserables que nadie aguanta, llenos de pestes y pulgas, excepto el pobre socio o el poeta que lo mira con ojo fraternal.

Nada de perros lindos, cuadrúpedos pretenciosos, daneses, falderos, tan chochos consigo mismos que sin discreción se lanzan contra piernas o pantorrillas del visitante, seguros de gustar, ruidosos como niños, estúpidos como mujercitas, y a veces huraños e insolentes como un criado! Sobre todo nada de esas serpientes de cuatro patas, los temblorosos, ociosos lebreles que en el hocico no tienen olfato para seguir la pista de un amigo ni en la cabeza chata, algo de inteligencia para jugar al dominó.

¡Fuera todos los parásitos aburridos!

¡Que se vuelvan a la cucha acolchada de seda! Le canto al perro sucio, al perro pobre, sin casa, al vagabundo, al saltimbanqui, al perro que como el actor, el pobre y el bohemio, tiene el instinto maravillosamente aguijoneado por la necesidad, madre tan buena y verdadera patrona de la inteligencia!

Le canto a los perros calamitosos, a los que vagabundean solitarios en las sinuosas colinas de las inmensas ciudades y a los que con ojos brillantes y

llenos de espíritu le dijeron al hombre solitario: "llévame, contigo y con nuestras dos miserias haremos una felicidad"

¿A dónde van los perros? preguntaba hace poco tiempo Néstor Roqueplan en un inmortal folletín que él ya debe haber olvidado y que sólo recordamos yo y, tal vez, Saint Beuve.

¿A dónde van los perros? preguntan hombres poco perspicaces. Van a sus cosas. Citas de negocios, citas de amor. En la niebla o la nieve, entre la mugre, bajo el mordiente calor, cuando llueve a cántaros y vienen y van, trotan y pasan bajo los coches, enloquecidos por las pulgas, la pasión, la necesidad o el deber.

Igual que nosotros se han levantado muy temprano y se buscan la vida o corren a sus placeres.

Los hay que duermen en una ruina suburbana y cada día a la misma hora llegan a la cocina del Palais Royal a pedir su ración; otros acuden en grupos, de más de cinco leguas y comparten la comida que prepararon caritativas vírgenes sexagenarias de corazón desocupado, que se dedican a los perros porque los hombres imbéciles son indiferentes.

Como negros fugitivos, otros locos de amor abandonan sus casas para venir a la ciudad y dan

vueltas una hora entera alrededor de una hermosa perra, de aspecto un poco descuidado pero orgullosa y agradecida.

Sin documentos ni facturas ni portafolios, son todos muy exactos.

¿Conocen ustedes la perezosa Bélgica y como yo han admirado sus fuertes perros atados a la carreta del carnicero, la lechera o el panadero, que con ladridos triunfales expresan el orgulloso placer que sienten al rivalizar con los caballos?

¡Aquí hay dos que pertenecen a un orden más civilizado todavía! Permítanme introducirlos a la pieza del saltimbanqui ausente. Una cama de madera pintada sin cortinados, frazadas desordenadas y sembradas de pulgas, dos sillas de paja, cocina de hierro y uno o dos instrumentos de música destartalados. Triste mobiliario. Les pido que observen a estos dos personajes inteligentes, con traje raído y suntuoso a la vez, peinados como trovadores o militares, y que con ojos de brujos vigilan la obra sin título que hierve en la cocina encendida y en la que se yergue una larga cuchara, plantada como el mástil que anuncia cuando la construcción ha terminado.

¿Acaso no es justo que tan celosos comediantes salgan a la calle después de alimentar la panza con

una sopa potente y sólida? ¿No se dispensa un poco de sensualidad en esos pobres diablos que tienen que afrontar la indiferencia del público y las injusticias de un director que tiene la parte del león y se toma la sopa de cuatro actores juntos?

¡Cuántas veces contemplé sonriente y simpáticamente a esos filósofos de cuatro patas, esclavos, complacientes, sumisos o sacrificados que el diccionario republicano clasificaría de oficiosos si, demasiado ocupadas en la felicidad de los hombres, la república encontrara tiempo para dirigir también el honor de los perros!

Y cuántas veces pensé que para recompensar tanto coraje, paciencia y trabajo, en algún lugar debía haber un paraíso especial para los perros buenos, los perros pobres, los mugrientos y solitarios. ¡Swedenborg afirma que hay uno para turcos y otro para holandeses!

Los pastores de Virgilio y Teócrito, como recompensa a su canto esperaban un buen queso, una flauta de un buen artesano, o una cabra con las tetas llenas. El cantor de los perros pobres recibió como recompensa una casaca buena y gastada, que hace pensar en el sol otoñal, en la belleza de las mujeres maduras y en los veranos en el Saint Martin.

Ninguno de los que estaba en la taberna de la calle Villa Hermosa olvidará la petulancia con que el pintor se quitó la casaca para dársela al poeta, al comprender que es bueno y honesto cantar a los perros pobres.

Como magnífico tirano italiano de los buenos tiempos, ofrecía al divino Aretino una daga adornada con piedrerías o un abrigo cortesano, a cambio de un precioso soneto o de un raro poema satírico.

Y cada vez que el poeta se pone la casaca del pintor, se ve obligado a pensar en los perros buenos, los perros filósofos, en los veranos en el Saint Martin y en la belleza de las mujeres muy maduras.